Mudanza de Jazmín

Mudanza de Jazmín

Arelí Chavira
Jesús Chávez Marín

SOLAR

COLECCIÓN

Serie: Narrativa

Instituto Chihuahuense de la Cultura
Chihuahua, 2015

Mudanza de Jazmín

Imagen de portada: María Herminia Chávez Marín

Primera edición: 2015
Instituto Chihuahuense de la Cultura

De la colección editorial de Gobierno del Estado 2010-2016
Lic. César Horacio Duarte Jáquez, Gobernador Constitucional

© Flor Arelí Chavira
© Jesús José Chávez Marín
© Instituto Chihuahuense de la Cultura
SE RESERVAN TODOS LOS DERECHOS

ISBN: pendiente

Instituto Chihuahuense de la Cultura
Avenida Universidad y División del Norte
31170 Chihuahua, Chihuahua
Teléfonos: (614) 214 48 00
Correo electrónico: publica_i@chihuahua.gob.mx

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A Flor Amada Chavira Cordero
A Emma Larissa Chávez Valles

Primera parte

Jazmín

Una niña limpiecita y ruda

Jazmín escribe frases rápidas por el Inbox: En mi barrio siempre hubo más niños que niñas; por algún tiempo fui la única entre más de cinco, así que tuve que aprender el oficio de ser hombre de siete u ocho años: jugar al trompo, las canicas, la resortera, a la guerra con bombas de lodo… Jugar al fútbol y al beis. Hacer tiralilas con botes vacíos de Cloralex. A escalar árboles y cerros; subirme a las azoteas, jugar a los espadazos con jaras de río y aguantarme como los meros machos los raspones en las rodillas, las descalabradas y uno que otro clavo o tornillo incrustado en alguna parte del cuerpo, después del aterrizaje forzoso de la bicicleta en pleno pavimento.

Fui muy machetona pero siempre llegaba limpia a mi casa. También descubrí el uso del alcohol y el cerillo. Llena de alegría con mi nuevo descubrimiento, quise mostrárselo a uno de mis amigos más cercanos: Lalo. Con él conviví como si fuera mi hermano. Una tarde, que como muchas estaba en mi casa, me dijo: "Voy al baño". Entonces recordé con entusiasmo que mi madre guardaba allí el alcohol. Corrí a la cocina por una caja con cerillos y ya con ellos me dirigí a donde estaba mi amiguito. Le dije: "Mira, voy a hacer un experimento". Vacié el alcohol alrededor del sanitario y le arrojé un cerillo encendido. Lalo, sentado en el escusado, comenzó a gritar al verse rodeado por la lumbre. Mi madre, al escuchar los gritos, acudió asustada. Casi se desmaya: "¡Jazmín, qué estás haciendo!", gritó como loca y fue directamente al lavabo por agua. Por mi ser pasaron sentimientos encontrados. De susto. De poder. De risa. Ya cuando paró el fuego, mi madre me puso una regañada gigante y mi amigo

tardó un poquito en perdonarme. Y eso que no se quemó, nada más fue el susto. Pero unos días más, ya andábamos juntos tan campantes como siempre; hasta la fecha seguimos siendo los mejores amigos.

La pasajera

Iba en el camión y en una de las paradas se subió una pareja; ella adelante de él, caminaron hasta la parte de atrás. Yo estaba sentada más o menos a la mitad. De pronto se escucharon los gritos de una mujer:

—¡Vieja quitamaridos! ¡Piruja! ¡Te voy a quitar lo puta para que aprendas a no andar con hombres casados!

Con susto y asombro volví la cabeza y había dos mujeres trenzadas en una feroz batalla. El hombre solo atinaba a decir:

—¡Suéltala, no es lo que crees! ¡Déjame explicarte!

Las dos mujeres trastabillaron y cayeron sobre los pasajeros. Una de las veces que se levantó, la primera se dio tiempo de contestarle a su marido mientras seguía surtiéndole a su rival:

—¡Plumo desgraciado! ¡Pero esta me la vas a pagar! ¡Eres un desgraciado! ¡Me andas engañando con esta garra!

Cuando la otra pudo defenderse un poco, se le lanzó a la cara con las uñas y se vieron varias tiritas de sangre:

—Tú por lo pronto te vas a quedar sin esa carita de mustia, ¡maldita!

El chofer frenó donde pudo y corrió a auxiliar al hombre objeto del deseo, tratando de separarlas. Batallaron para conseguirlo porque las dos peleaban furiosas, desatadas. Cuando al fin lograron separarlas, el chofer les dijo a todos:

—¡Vayan a arreglar sus cosas allá afuera!

Los tres bajaron entre insultos y empujones. El hombre insistía:

—¡Déjame explicarte!

Las dos mujeres se fueron cada quien por su lado y él no sabía a cuál de ellas seguir. Al alejarse el camión, de lejos me pareció ver que había empezado a caminar hacia el rumbo por el que había ganado su furiosa mujer.

Celestina

Iba con Mily por el jardín de la escuela y me dice:
—¡Allí está! ¿No es hermoso? Por favor… háblale.

Estaba enamoradísima de Gerónimo, un chico de noveno semestre.

—Es tan guapo, tan inteligente... Y yo tan tímida, que no soy capaz de llamar su atención; hazlo por mí –me decía con insistencia, casi con súplica. Y allá iba yo a buscarlo para que se sentara con nosotras.

Un día le dije a Mily:

—Creo que ya es hora de que tú solita te las arregles, de otro modo no lograrás nada con él.

No quiso y seguí de maltercio y alcahueta prácticamente todo el semestre. Un día el susodicho me habló, que para decirme algo importante. Me pareció buena idea ya que tenía la indicación de Mily de llevarlo a la cafetería porque ella le daría una sorpresa de despedida; estaba tristísima la pobre porque terminaba el año.

Aprovechando la oportunidad lo cité más temprano, así mataría dos pájaros de un tiro. Gerónimo llegó más guapo de lo habitual, y ya era mucho decir porque de verdad estaba muy papacito.

—Te escucho –le dije.

—De todo me he dado cuenta –comenzó a hablar–. Sé que Mily está enamorada de mí y que tú siempre fuiste el contacto entre los dos. Pero no lo puedo evitar, la que me interesa eres tú. En todos estos meses, a la que en realidad conocí fue a ti y la verdad me gustas mucho. Y además…

De pronto se quedó callado, abrió los ojos muy sorprendido y palideció. Volví la cabeza hacia donde miraba y me

topé con los ojos vidriosos de Mily. Lo había escuchado todo.

Se echó a correr y yo detrás. Le grité que se detuviera y cuando al fin lo hizo, me gritó:

—¡No quiero saber más!, ¡fue suficiente! ¡Déjame!

Nunca más me volvió a hablar. Procuré explicarle, la busqué, le escribí *e-mails* y nada. No aprendí lecciones de esto pero tampoco quise tener de novio a Gerónimo, por ese pacto de amigas que todas saben, a pesar de que Mily de todos modos no quiso entender razones.

El futuro es muy natural

Jazmín habla con sus amigas; esa tarde la charla ha ido muy a tono de Corín Tellado: Hace miles de años tuve un novio que era de Monterrey y durante las vacaciones venía a verme. Lo que más me sorprende de él es que tiene visiones. De pronto se quedaba como ido y me decía: "Está temblando en California". Y sucedía. O me llamaba por teléfono: "Traes tal blusa, tal pantalón de tal color y tales prendas", y me las describía con detalles; me adivinaba lo que había hecho yo durante el día, como si para él fuera de lo más natural saberlo. Me hacía advertencias del futuro: "Ten cuidado con tal persona o tal acontecimiento". Y sucedía. Por ejemplo, predijo la huelga que meses después hicimos en Filosofía y Letras en el '92. A veces hasta me daban miedo sus poderes. Así anduvimos muy a gusto hasta que un día me dijo: "Vamos a terminar porque se acercará a ti un hombre alto, moreno, guapo, delgadito, de ojos café claro, muy bien vestido, informático... Y me cambiarás por él". Yo me resistí pero él me dejó. Al mes conocí a un muchacho con esas características y sucedió lo que ya estaba señalado. Anduve con él dos años y en realidad fue mi primer amor.

En el agua

Los fines de semana divertidos son por la noche en bares de lujo con buena variedad y de vez en cuando pista de baile. Pero a veces también surgen a medio día, como en aquella ocasión en que a Jazmín la invitaron a una carne asada en casa de Pirandello, nuestro profe de Literatura Medieval.

Llegó con su amiga Paty que está muy curvilínea y de inmediato rezumbó la testosterona arrebatada de dos o tres estudiantes y maestros que ya habían llegado. Uno de ellos tenía ya listo el carbón y se dedicaba con destreza a cocinar chuletas y a tomar botella tras botella de Modelo Especial.

El profesor también la había empezado temprano; muerto de risa fue a llevarles dos cervezas a las recién llegadas y las invitó a sentarse en las sillas del patio.

Era por todos sabido que al maestro Pirandello le encantaban las bromas pesadas; divertirse a costillas de los demás… Esa tarde había elegido a Jazmín para darle carrilla. Cada vez que pasaba cerca, le echaba un hielo en la blusa… por la espalda.

—¡Profe, es usted un grosero! –gritó Jazmín–. La próxima vez que lo haga lo voy a mojar con la manguera.

Pirandello estaba radiante por haber captado la atención de su alumna y continuó con la broma haciendo caso omiso de la advertencia.

—¡Aush, está friísimo! ¿Pero es que usted no entiende?

Corrió hacia la manguera que regaba un álamo, la tomó y comenzó a mojar al maestro, que en ese momento ya no sonreía. Empapado ya, le arrebató la manguera e inició el contraataque, solo que ahora la guerra había dejado de ser

privada. Empezamos a correr en todas direcciones del patio; era increíble ver cómo Pirandello los perseguía a pesar de su sobrepeso; parecía un niño con juguete nuevo.

—¡No huyan cobardes! ¡De todos modos los voy a empapar a todos!

Se escuchó entre los gritos la voz de Jazmín:

—¡Por acá! ¡Vamos a entrar al estudio! ¡Allí no podrá mojarnos!

Como estampida entraron a empujones a la supuesta guarida. Pero cuál sería la sorpresa al ver que Pirandello –no importándole sus muy preciados libros, computadora, tableta, teléfono y demás objetos oficinescos–, manguera en mano, irrumpió en el lugar empapando y anegando todo a su alrededor.

Aquello fue el pandemónium y tal como ratoncitos cuando el barco se hunde, brincaban a diestra y siniestra. El piso con el agua derramada se volvió muy resbaloso y varios cayeron, entre ellos el mismo maestro que parecía poseso. Todos se abalanzaron en bolita sobre el profe para arrebatarle la manguera y Paty, hecha una sopa, se apresuró a cerrar el grifo. Cuando le regresó la cordura, Pirandello tomó conciencia del tiradero y empezó a reclamarles cada vez más furioso:

—¡Miren nada más cómo dejaron mi oficina, mis libros, mis cosas!

— Pero si usted fue el que… –intentó decir Jazmín.

—¡Ah! ¡Y todavía se da el lujo de rezongar! –gritó Pirandello.

Incluyendo a los demás, les ordenó:

—Ahora todos se van a poner a secar y limpiar todo este muladar. ¡Y pobres de ustedes donde mis aparatos no funcionen!

Fue ese el gran final de la fiesta; todos limpiando y secando muebles tratando de corregir la diablura de niño malcriado de Pirandello, mientras él se cambiaba de ropa. Al caminar rumbo a su casa que conectaba con la oficina, iba sobándose las rodillas y una nalga, adolorido por el golpe tan fuerte que se dio.

Contigo ni a la leña

Jazmín platicaba animadamente en el pasillo de la escuela con su profesor de Literatura Medieval, cuando vieron desde la ventana que de un carro LeBaron de modelo reciente se bajó Sandoval, el famoso periodista, quien se había inscrito en Letras cuatro semestres antes.

—Mire nomás, Jazmín… quién va llegando: El joven escopeta.

—¿Por qué le dice así?

— Porque a todas les tira y a ninguna le atina.

— Ja ja ja… usted siempre tan verídico.

Sandoval era el típico Casanova. A sus 33 años ya se había divorciado dos veces y aquí era el prometido de Claudia, una de primero; ella, aunque no muy guapa, era joven y millonaria que vestía solo ropa *fashion*, joyas de firma y perfumes caros.

La chica, recién salida del Bachilleres y muy contenta en la Universidad, vivía deslumbrada con su galán; lo imaginaba como a todo un Juan Ruiz Healy, que en aquellos años era el periodista de moda en la tele. Lo cierto es que a Sandoval le iba bien con su negocio de malabarismo periodístico y por eso sorteaba holgadamente dos pensiones de divorcio, el automóvil sexy y las oficinas lujosas de su revista, instaladas en un edificio empresarial.

En resumen, eran la típica pareja del año llena de glamour y reflectores; les encantaba ser el centro de atención y los payasitos de todas las fiestas. Un solo problema había en tal paraíso: Sandoval, como buen maniático del *donjuanismo*, se había obsesionado con Jazmín y quería con ella a como

diera lugar, sobre todo desde que a la primera invitación ella le había dicho: "Contigo ni a la leña".

Por alguna razón retorcida, aquella expresión le pareció fascinante y desde luego un reto para su ego. Le mandaba flores como esos amantes a la antigua; le regaló un cassette de Abba; se le aparecía en los antros, que en aquel entonces se llamaban discoteques y una vez hasta le escribió un poema y lo leyó en voz alta con todo descaro en una clase de la materia Taller de Redacción. Claro que Jazmín lo mandaba al carajo en todos los casos, irritada y mostrando desparpajadamente su repulsión.

Pero hubo un día... Ya ven ustedes que contra toda lógica se dan los casos del que persevera y alcanza… y como a muchos hombres les pasa, Sandoval olvidó por completo que el siguiente viernes sería la fecha de su primer aniversario de noviazgo con Claudia, y en cambio ella le tenía preparada una aparatosa sorpresa: fingiría que para nada le importaban las fechas románticas y luego llegaría con los mariachis y toda la cosa, a darle serenata hasta el mismito nido de amor donde ya casi vivían juntos: la casa de él.

—Mi vida, este fin de semana me voy de *shopping* a El Paso. Te vas a quedar solito, ¿me extrañarás mucho? Te portas bien, mi cielo.

Sandoval se sintió muy complacido ante la ocasión de andar de soltero unos días, pero le dijo a su dulce nena que claro, la extrañaría… "Mi reina". Sin embargo, nunca faltan los malabares del destino: por esos mismos días Jazmín andaba en la calle de la amargura por la ruptura amorosa con su amor de toda la vida. Él se había ido de mochilero a Europa y solo se lo dijo cuando ya tenía el boleto comprado a Praga; directo, sin pedirle opinión y sin decirle "espérame". ¡Nada!

Como si ella fuera absolutamente prescindible en la libertad de aquel hombre aventurero.

En el vacío de su corazón abandonado anidaron deseos ansiosos de venganza. Jazmín escogió para consumar la suya al hombre más sucio pero también el más rutilante. Sandoval apenas se podía creer la repentina buena suerte de que ella aceptara por fin salir, y más aún, diera señales de que tendrían el programa completo de aquellos años estudiantiles: cena, baile y motel de carretera.

Luego de cenar en La Cebolla Roja, llegaron al Robin a las 10:30 de la noche. A esa misma hora Claudia estaba en el domicilio de Sandoval en la Trasviña y Retes, y claro que lo encontró vacío. "Imbécil –pensó ella–, me juró que se la pasaría tranquilo y estaría en casa temprano pensando en mí. Sí… cómo no. De seguro ha de andar de barba azul en el Robin ligando supermodelos. ¡Estúpido!". Sabía ella por supuesto los usos y costumbres de su ladino periodista.

Y para allá se fue… llegó hecha una furia a las doce de la noche. En una mesa del fondo los vio juntos, ya en el pleno ejercicio de la calentura con baile, vinos y licores… besos de lo más intensos… manos de lo más exploradoras.

—¿Qué estás haciendo aquí, Sandoval?, ¿celebrando nuestro aniversario?

—Espérate, mi amor, déjame explicarte… Cuál aniversario… ¿Qué no andabas en El Paso?

Creo que ese fue el último diálogo que tuvo en su vida aquel par de enamorados de los años noventas.

La imposibilidad de vivir en un cuento de Borges

Cuando la vi entrar en la cafetería de la Facultad y caminar con tal seguridad, como si siempre hubiera estado ahí, me di cuenta que era ella. La he venido observando: su manera de caminar, de dar esos giros sobre sí misma, su expresividad, su independencia, su manera de moverse, de ser feliz, sus boinas, su personalidad. De inmediato supe que debía hablarle… contarle todo.

Lo más probable sería que no creyera nada, sin embargo debía correr el riesgo. No era posible que la hubiera encontrado, que existiera.

—Hola –le dije–, soy David. Estudio quinto semestre de Filosofía. Tú eres Jazmín, ¿verdad?

Ella dio un giro de los que acostumbraba. Me miró y me dijo en medio de una sonrisa franca:

—Sí.

—¿Podría hablar contigo más tarde, cuando las clases hayan terminado?

—Claro –me respondió intrigada.

—Te espero en los escalones de la entrada de la Facultad –le indiqué.

Salí tranquilo del salón, aunque temía que ella pudiera pensar que mi historia era una treta barata para llamar su atención. Pero debía intentarlo.

Ahí estaba sentada en los escalones; me vio y sonrió de nuevo.

—Hola, ¿qué es eso tan importante que me quieres decir?

Me quedé en silencio un momento, y luego:

—Quiero contarte algo, pero por favor no pienses mal. Si no me quieres creer, no importa, pero no vayas a pensar que te estoy tomando el pelo o que quiero llamar tu atención de este modo.

Ella con tono serio:

—Está bien, pero ya dime qué es.

—Cuando era niño me gustaba escribir; en ese entonces hice un cuento en el cual yo era el protagonista, me llamaba Juan García, el nombre de mi mejor amigo de la secundaria, y el personaje tenía una amiga con la que jugaba a los carritos, las canicas, el trompo y además nos gustaba subirnos a los árboles y ver el atardecer. Su nombre era –me detuve un momento– Jazmín.

Abrió los ojos en señal de sorpresa y dijo:

—A mí también me gustaba jugar con mis amiguitos a esos juegos y ese es mi nombre.

Nos quedamos en silencio. Primero, no podía creer que ella me creyera. Segundo, era imposible que su nombre fuera igual al de mi personaje.

—Cuéntame más por favor –me pidió.

—A mi amiga del cuento le gustaba pisar las hojas secas; siempre guarda en sus libros las más grandes… como tú lo haces. Viste pantalones cortos y overoles con tenis; le gusta jugar al fútbol y usar una gorra de beis. Ella es optimista, emprendedora… siempre lleva la iniciativa. Debido a todas las aventuras por las que hemos pasado… quiero decir que ha pasado con su amigo Juan, sus rodillas parecen rompecabezas. Es extremadamente sensible pero también fuerte. Tu vivo retrato.

Me miró sorprendida y con tono juguetón me dijo:

—¿Así que me salí de tu cuento? Y ahora, ¿qué vas a hacer conmigo?

La miré a los ojos:

—Podemos seguir siendo los mejores amigos y continuar la historia.

—Tengo una mejor idea –me dijo en tono coqueto. Yo me emocioné, pero ella me bajó de la nube en un santiamén:

—Qué tal si mejor inventas una donde el personaje principal sea parecido a Brad Pitt. Quien quita y él también se salga del cuento.

La Cerve

Rigoberto estaba en La Cerve hasta las manitas y en la loquera se le ocurrió una idea que le pareció de lo más romántica y original: contratar un mariachi de los caros para llevarle serenata a su novia Eloísa.

A las cuatro de la mañana llegó con su montón de músicos al balcón de su amada. Sonó completita la primera canción, la de ellos, y no se encendía la luz de la ventana; ni a la segunda ni a la tercera. Pero de todos modos, Rigoberto cantaba muy emocionado y a todo pulmón.

Cuando ya se habían arrancado con la quinta, se estacionó un carro donde venía una pareja; tres minutos después se bajó muy apurada la mujer y se encaminó a su casa. Era Eloísa.

La mirada de Jazmín

—¿Qué le pasa?

—¿A quién?, ¿a Jazmín? Anda que se la lleva la tristeza.

—¿Y por qué? Ella siempre anda echando relajo.

—Terminó con el novio ese que traía.

—Por fin. ¿Pero qué fue lo que pasó?

—Te cuento. Ben y Jazmín fueron novios…

—Oye, qué el novio no se llama…

—No me refiero a ese, sino al anterior. Es ahí donde comienza la historia.

Duraron juntos la primera vez como dos años. Eran normalmente felices, la pasaban bien a pesar de que a Ben no le gusta bailar, y eso que es músico (y a Jazmín le fascina), que no es afecto a las reuniones (y ella tan sociable), que es un tanto gruñón y callado (y ella con su ruido de pájaros).

Ben pasaba horas y horas estudiando con su contrabajo, y otras tantas restaurando instrumentos que le encargaban sus compañeros de la orquesta. Jazmín, después de salir de la Facultad de Letras, iba al taller donde él trabajaba; quedaba entonces muy cerca de su casa y lo acompañaba; quería estar con él; siempre se sintió muy a gusto a su lado; la trataba bien… y es que él es un hombre bueno, un poco genioso pero muy noble. Él la quería mucho, sin embargo ella sentía –en fin inexperta– que no era suficiente, que era desapegado, que no la celaba como se supone que debe hacerlo alguien a quien le importa su chica. Recuerdo que llegó a desear, un par de veces, que su noviazgo fuera un poco más espontáneo e intenso. De todos modos, Jazmín lo amaba.

Un día Ben le dio una noticia que le tomó por sorpresa: “Quiero irme a Rumania a perfeccionar mi técnica en

la ejecución del contrabajo. Ya lo platiqué con uno de mis compañeros de la orquesta: Doru, que es de allá. Y lo estamos preparado todo".

—Ya me imagino la que ella le armó.

—Si vieras que no. Jazmín quería lo mejor para él, así que estuvo de acuerdo.

La noche de su partida le dijo: "No sé exactamente cuánto tiempo estaré fuera, así que no quiero ser un obstáculo para tu felicidad. A partir de este momento eres libre; si encuentras a alguien más que te haga feliz, no dudes en aceptarlo. Si alguna vez deseas escribirme, hazlo, ten la seguridad de que te contestaré de inmediato".

Y Ben se fue.

—Qué bonito, deveras que Ben es un buen tipo.

—Sí, pero en ese momento Jazmín no se daba cuenta de eso; creo que a partir del rompimiento con este sujeto, cambiará su mirada.

—Sígueme contando.

—Pasaron seis meses y aún no procesaba la partida de Ben. Naturalmente lo echaba mucho de menos, y no lograba distinguir cómo estaban sus sentimientos hacia él. Pensaba: "Creo que no me amó como yo creía; ¡le fue tan fácil dejarme libre! No me dijo que lo esperara, eso es lo que se dicen los que se quieren".

Ella le escribía poco, prefería llamarle aunque fuera dos minutos; las llamadas para allá son costosas, quería escucharlo. Ben le decía: "No me llames, mejor escríbeme; así puedes platicarme largo y tendido. Te contestaré apenas la reciba. Hace mucho frío por acá, pero estoy bien. Ya conocí el Palacio del Conde Drácula y los Montes Cárpatos; como estamos rodeados de bosque, los osos suelen bajar a la ciudad en busca de comida en los botes de basura. Mugurasha, la esposa de

Doru, me ha conseguido un departamento y me ayuda en lo que puede. Ya comencé a estudiar, estoy contento –aunque a Jazmín siempre le pareció que su voz decía lo contrario–. Ya cuelga, saludos a todos, escríbeme. Adiós". Después de cada llamada permanecía unos minutos en silencio intentando ponerle nombre a lo que sentía por Ben, sin lograrlo.

Al cabo de casi un año, cada uno siguió con su vida. Habían mantenido el contacto aunque nunca hablaron de amor. Un día, el padre de Ben le dijo a Jazmín: "Ya no quiere estar más allá, en un mes regresará". Ella se sintió feliz, tenía muchas ganas de verlo pero la verdad dudaba de lo que su corazón sentiría al tenerlo de nuevo frente a frente.

Al fin el momento llegó, y ya de noche fue a verlo a su casa; toda la tarde había dormido. Ya sabes, el viaje y el cambio de horario.

—Hola señora, buenas noches. ¿Ya se despertó Ben?

—Aún no, pero me encargó mucho que cuando llegaras lo despertara, y ya sabes cómo se pondrá si no lo hago.

—Sí, ya lo sé, aquí espero.

— Jazmín me contó que el corazón le palpitaba a mil por hora y que sentía un hueco en la boca del estómago, donde entraban y salían un sinfín de sensaciones y emociones. Ella fingía estar bien y platicaba mientras con los hermanos de Ben.

"Y ahí estaba –recuerdo que me dijo–. El rostro adormilado, el pelo descuidado y largo; su piel pálida, descolorida, mostraba la ausencia del sol rumano pero eso sí, con aquella sonrisa de oreja a oreja, que aunque no lo creas, lo caracterizaba".

—Hola, qué gusto verte –le dijo desde el corazón y le dio un fuerte abrazo. Jazmín correspondió. Me imagino que fue como de esos saludos en los que cierras los ojos y te dejas

llevar–. No sabes cómo te he extrañado. Tengo tantas cosas qué contarte. Te traje unos regalitos, pero sabes, la verdad estoy muerto. ¿Qué te parece si mañana nos vemos en la tarde y caminamos por ahí? ¡Tengo tantas ganas de sentir el sol! Allá no hay más que uno lagañoso y si le agregas los kilos de ropa… ¿Qué dices? Después, ya en la noche, podemos ir al cine.

Jazmín aceptó con una sonrisa, pero en lo profundo se decía: "Casi un año sin vernos y prefiere dormir…".

—¡Pues qué posesiva e inconsecuente! ¡Cómo no se dio cuenta de que Ben venía exhausto y solo quería estar bien para disfrutar al cien con ella! ¿Se le hizo poco el hecho de que lo despertaran solo para saludarla?

—Te repito, en ese momento Jazmín miraba diferente.

Para no hacerte el cuento largo, al paso de unos días reanudaron su noviazgo. Ella se ponía a diario el collar de madera que le trajo de allá y, en el invierno, una boina azul con su bufanda. ¿Recuerdas que siempre le han gustado las boinas y los sombreros? Duraron como un año más, pero Jazmín no estaba lista para un hombre como Ben. Ya sé que él tenía y tiene lo suyo; un carácter muy fuerte pero siempre le dio libertad y confianza; nunca la cuestionó ni le prohibió nada como el típico hombre macho. Pero como te dije, ella no se daba cuenta.

"Un día –me platicó ella– el destino me puso enfrente lo que tanto había anhelado y que para mí era lo ideal. Ten cuidado con lo que deseas... Conocí a alguien que llenó mis expectativas, mis falsas expectativas, y cuando menos pensé… No encontraba la forma de decirle a Ben y se pasaban las semanas y yo partida en dos. Como era de esperarse, se dio cuenta. Me sentí la mujer más espantosa del mundo; él no se lo merecía…".

—Imagino que hablaba de cuando conoció a este con el que acaba de terminar.

—Así es, esa relación fue terrible, violenta, dependiente. El tipo resultó ser un patán.

—Pero al parecer ella lo ama, mira cómo anda de triste ahora que terminaron.

—No, no te confundas; no llora por él, sino por lo que perdió. Sus ojos ahora miran diferente.

Sentir

Han pasado años y todavía, algunas noches, apareces en mis sueños. Estás tan cerca y por unos instantes vuelves a tenerme entera. Siempre me aceptaste así, completita; no he conseguido eso con nadie más. Bastaba una mirada y, sin decir palabra, ambos sabíamos qué hacer.

¿Recuerdas cuando fuimos al cine a Delicias a ver *Un paseo por las nubes*? Me llamaste a Chihuahua:

—Vamos al cine, *píntate* la última clase.

Y allá iba yo en un Rápidos Delicias, dejando de lado la clase de Literatura Barroca para aprender cómo vivir la vida con intensidad. Contigo.

Así vives, vivías, viviste.

La escena de la vendimia nos cautivó, busqué tus ojos para reafirmar un "por supuesto, lo planearemos", pero por primera vez no encontré eco. Me cimbré. ¿Qué pasó? Al salir del cine todo parecía normal… tú: cariñoso, espontáneo, amoroso. ¡Como siempre!

Pasaron las semanas más espectaculares que he tenido; amo, amaba, amé y amaré a la mujer que fui, que soy y que no seré ya más a tu lado. Florecí de orilla a orilla.

Me llamaste:

—Ven este fin de semana, tengo algo importante qué decirte. Cambiará nuestras vidas.

Mi corazón se desbordó. ¡Me quieres a tu lado!

Ilusionada, corrí a tu ciudad… corro hacia ti.

Imaginaba cómo me lo pedirías. De cualquier manera te respondería que sí.

Llamé a la puerta, me abriste, me eché a tus brazos.

Pero no hay velas, ni cena, ni pétalos de rosa.

Me dijiste:

—Viviré poco tiempo. Tengo cáncer.

Enloquecí, mucho tiempo enloquecí; enloquezco todavía cuando llegas. Ya no te recuerdo tanto, pero los sueños siguen siendo muy exactos. Quisiste que me alejara; no me abrías la puerta. Yo dejé todo para cuidarte y me quedé contigo hasta el final. Mi vida contigo siguió siendo muy intensa algunos meses: por el amor, por el placer, por el dolor y por tu muerte.

El puente

No creo en presagios ni conjuros, pero una vez en el puente de El Paso vi a la muerte. Alejandro, que en ese entonces era mi pareja, fue por mí a Las Cruces, donde yo estudiaba. Llegamos en autobús y caminábamos hacia Ciudad Juárez cuando vi a lo lejos una mujer que venía por la acera de enfrente.

Al poco rato ya se había pasado a la vía de nosotros; nunca supe cómo logró librar los carriles para automóviles que iban y venían en las dos direcciones, pero el caso es que ahí estaba, a veinte centímetros de mi cara. Cuando miré sus ojos me estremecí, casi me desmayo.

Su rostro de ceniza, sus pómulos en los puros huesos; los dientes grandes, amarillos e incompletos; el pelo muy negro, recogido hacia atrás; las ojeras tan profundas como si se las hubiera maquillado con capas de sombra: la muerte. Yo vi la muerte; incliné la mirada. A mi ex le explicó que la habían deportado, que traía mucha hambre; le dio unas monedas.

Ya no vi ni por dónde se fue.

—¿Te fijaste? –Me dijo él.

— Sí, estoy asustadísima. Qué aparición tan escalofriante.

Durante varios días, en nuestras pláticas volvimos a comentar aquel encuentro. Él tuvo una impresión semejante a la mía, de que aquella mujer era el vivo retrato de la muerte.

Tiempo después la volví a ver igualita, en mis sueños. Me decía: "Ya es hora, tienes que venir conmigo". Cada dos años me pasa igual entre las fechas de Aries, a pesar de que tampoco creo en los horóscopos.

Interruptus

—Hola, qué milagro que te asomas por el Skype. No puedo chatear contigo largo y tendido ahora, estoy en clase de Literatura Chicana. Pero cuéntame rapidito, ¿cómo estás? Hace rato que no sabía de ti.

— Pues me ha ido bien, estoy de paso en Juárez. Si quieres voy a verte. ¿Cuál es tu dirección?

—¿De verdad? Estoy viviendo en el campus universitario, en Cole Village; ya te mandé mi ubicación. Me tengo que ir, estaré en línea más tarde si quieres platicar. Hasta pronto.

—¡Espera! Lo de ir a verte hoy es en serio. ¿Estás ahí?

Pienso en él de camino a casa. Siempre disfruté de su cercanía; me hacía estremecer, me encantaban sus ojos y su boca. ¿Seguirá igual? Me gustaría verlo más tarde. Si platicamos por el chat, le diré que sí me agradaría que viniera a verme.

Tranquilo corazón, es mejor que no te ilusiones, nuestros encuentros han sido dolorosamente a destiempo.

Jazmín no dejaba de pensar en Frank. La brevísima conversación de la tarde le había removido lindos y nostálgicos recuerdos. Desde hacía tiempo su corazón estaba con él, pero le había faltado valor para romper con su pasado y con su presente, aunque no le hicieran bien.

Alegre en su fachada, melancólica en su interior, como todas las noches llegaba de la Universidad y cenaba; trabajaba en sus clases y luego a dormir. El sonido del timbre de la puerta cambiaría su rutina.

Al abrir, su corazón dio un vuelco: Frank estaba ahí, a un abrazo de ella. De nuevo el destino o sus deseos escondidos, los reunían de nueva cuenta. Temblaba de emoción, de sueños

imaginados y por venir. En ese momento se sintió libre de todo y para él.

—¡De verdad viniste! ¡Qué gusto volver a verte después de tanto tiempo! Pasa, voy a cenar. ¿Gustas algo de tomar? –le dijo Jazmín con la voz llena de sentimientos.

—No, gracias. Tenía la intención de que saliéramos por ahí, pero te adelantaste.

—Si quieres vamos, apenas empezaba a prepararla. Te invitaría pero soy pésima cocinera.

—¿Conoces algún lugar? –*"Ay Diosito santo, cómo me gustan sus ojos, su boca y..."*–. Te quedaste callada, creo que no fue buena idea venir sin avisar.

—No, no. Me encanta que hayas venido. Solo pensaba a dónde ir. Hay un pub que se llama Bennigans, ¿te late?

—Tú mandas.

Durante el camino, Jazmín a duras penas logró seguir el hilo de la conversación. Además de estar prendada en esos ojos profundos y melancólicos, no podía dejar de pensar en que por primera vez no estaría como cada noche en el chat, conversando con quien la esperaba en Chihuahua.

Durante la cena se pusieron al día sobre sus vidas, al mismo tiempo que intentaban, con muy poco resultado, evitar la emoción de lo que sentía el uno por el otro. Principalmente ella.

De regreso, Frank estacionó la camioneta blanca afuera del departamento. Jazmín vio la luz prendida en la ventana derecha, señal de que Claudia, su *roommie*, había llegado.

—Gracias por esta noche; la pasé genial.

—¿Ya tienes que irte?

—Es un poco tarde y mañana tengo clase a las ocho; además tengo que platicar unas cosas con mi *roommie* antes de que se duerma.

—Espera un poco –dijo Frank, y jaló suavemente a Jazmín a su lado. La estrechó y la besó larga y suavemente. *"No sabes cuánto esperé este momento"*, deseó haberle dicho. No obstante, quedaron en silencio.

— Fue lindo tenerte aquí –murmuró ella aún bajo el efecto de ese maravilloso beso. Abrió la puerta y bajó. Se quedó un momento parada frente a él buscando en los ojos negros que tanto amaba, por fin una señal por la cual dejarlo todo y de una vez por todas, tomar su vida y ofrecérsela.

Sin embargo esa chispa no apareció a pesar de que dentro de Frank ocurría un incendio.

—Fue un placer verte, descansa. Nos veremos en otra ocasión.

Jazmín sintió una especie de vértigo; la soledad regresaba de golpe, la falta de definición en los sentimientos de ambos siempre habían sido la zona oscura de su corazón, un viaje interrumpido. Esa noche el insomnio llegó como una tormenta de confusos, turbios pensamientos.

El cine

Jazmín nunca se había permitido darse cuenta y tardó años en reconocer para sí misma que ya estaba por completo fastidiada del marido. Pero esa tarde en la sala VIP del Fashion Mall, tuvo la revelación exacta: el tipo se quedó dormido a mitad de la función, a pesar de la acción tremenda y la buena música de la película que estaban viendo: *El lobo de Wall Street*, con Leonardo DiCaprio... ¡nada menos! Qué comparación tan lastimosa.

—Gabriel, te estás durmiendo. Hasta roncas oye.

—¡Ay! ¡Perdón, vieja! Ya no va a suceder. –*"¿Vieja, imbécil?"*, pensó Jazmín furiosa. Aquella locución ochentera que alguna vez hasta llegó a sonarle tierna a pesar de ser la expresión de un estúpido colonialismo machista, fue el Monte Tabor desde el que inició su ya muy urgente libertad.

Cuando Gabriel se volvió a dormir, sigilosamente se puso el saco de lana y recogió su bolsa con cuidado; allí venían las llaves del carro y se largó del cine. Al esposo lo dejó dormido en la cómoda butaca, entre las palomitas y el queso amarillo de los nachos.

Tres meses después, un tiempo récord, consiguió la sentencia de divorcio. ¡Y favorable para ella! Su prima Lore es una abogadaza.

Fayuca

Te vas a regresar en camión, Quiñones. Tina lleva muchos paquetes y ya no cabes en el carro.

Habíamos ido a Ciudad Juárez, uno de los puntos más importantes de la campaña del '92. Jaime era candidato a gobernador y para todos lados se llevaba a Tina; dependía mucho de ella. El PRD lo había postulado junto con todas las izquierdas, que en Chihuahua nunca han sido gran cosa; unos cuantos amargados que nunca sirvieron para maldita la cosa.

Y allí estaba el Jaime con su perorata de siempre, adornada –según él– con frases de calendario: "¡Que oligarcas esto! ¡Que burgueses lo otro! ¡Que imperialistas aquello!".

En eso llega Tina en el carro, lo traía repleto con paquetes de Dillar's, de JC Penney, Foley's y un montón de tiendas chinas del centro. Se había ido de *shopping* a El Paso en el carro del partido, "y ahora querían que me fuera en camión a Chihuahua. ¡Ni madre! –les dije–. Y empecé a vaciar el carro.

Allí sobre el pavimento dejé sus maletas, sus bolsas y su tonelada de fayuca, y me vine directito al local del partido a ponerles mi renuncia como chofer de la campaña".

El yoga

Cuando me separé decidí cambiar de ciudad; dejé Las Cruces donde ya me habían aceptado como profesora en el Community College para dar clases de Literatura Mexicana, y me vine a Chihuahua a empezar de cero.

A la vuelta de tres años ya tenía mi casa y poco a poco había creado un espacio muy grato; me encantaba mi nueva vida. En eso me llega una convocatoria para estudiar un Doctorado en la Universidad Veracruzana. Aunque parecía exactamente de la estatura de mi vida, decidí ignorarla porque iba a ser difícil que, si la ganaba, pudiera de golpe olvidarme del gimnasio, el yoga, los fines de semana con los amigos, mis alumnos del TecMilenio y, por qué no decirlo, los halagos de dos o tres pretendientes que me escriben muy seguido en el Inbox.

Pero se me ocurrió platicárselo a mi amigo Esteban, y me salió con un rollo muy denso: "Que la vida es una, que las oportunidades llegan una sola vez, que la literatura es mi profesión...". Me convenció, llené la solicitud de beca y reuní un montón de documentos que me pedían. Esteban, peor que si fuera mi padre, me acompañó a la Oficina de Correos a mandar todo el papeleo. La moneda estaba en el aire.

A los tres meses llegó la respuesta: me aceptaron. Como era viernes, me fui a celebrarlo con una pareja de amigos a los que quiero mucho. Pero a las dos de la mañana que llegué a casa me puse a redactar una carta de renuncia muy agradecida. Mi vida me gusta mucho tal como va, para qué le muevo.

La Ruta 4

Dejé mi carro arreglando en un taller que queda lejísimos y me regresé muy fastidiada en el camión. A los diez minutos escuché una voz de mi pasado: "Chofer, ¿me da *chanza*?". El conductor afirmó con un gesto y el hombre de la guitarra se fue por el pasillo hasta el fondo del autobús.

Yo sabía muy bien quién era él. Ahora me pregunto qué habrá detrás de ese cantante que interpreta con su ronca voz melodías que no son comunes en este tipo de trovadores: Los Beatles, Queen, Bob Dylan, Jim Morrison, las mismas que aquellos años a mí me cantaba. A mí y a los compañeros de la escuela, pero sobre todo a mí, que fui su novia. Cómo cambian las cosas: ahora ni quiero que me vea… mi vida es muy distinta y la de él se perdió en algún momento de su viaje, de su cocaína. Entre sus muchas fiestas, sus eternos *afters*, una noche se quedó arriba. O abajo, no sé.

Cuando él, con su bella voz, terminó su canción allá atrás, me bajé rápido por la puerta de adelante, para que no pudiera verme.

Incienso

No soy una mujer complicada, aunque algunos de mis amigos dicen que sí. Igual pensaba mi exmarido, sobre todo en los últimos meses de nuestro matrimonio, que se había vuelto una relación tormentosa.

En ese tiempo yo había iniciado una amistad virtual con un Arqueólogo que vive en la Ciudad de México; a través del Messenger mantenía largas conversaciones con él; platicábamos de todo y me sentía liberada de mis problemas. Nunca le oculté a mi ex tales conversaciones y se sintió celoso, pero ni así dejé de "encontrarme" con aquel hombre.

Cuando por fin me divorcié, la amistad con el Arqueólogo siguió por bastante tiempo, hasta que decidimos conocernos en persona. Me invitó a que fuera a verlo al DF. Yo dudaba, me asaltaban las advertencias que todas las amistades se habían encargado de meter en mi cabeza: que si es un psicópata, que si es un tratante de blancas o de órganos, que si es un padrote y otras amenazas espeluznantes. Al fin decidí ir, pero me hospedaría en casa de otro amigo.

Se llegó la fecha y aunque sabía que mi anfitrión iría por mí al aeropuerto, él se ofreció también para ir a recibirme. Una vez con las maletas en mano caminé al lugar donde habría de verme con los dos. No estaban; llamé a David –con quien me hospedaría– y nada… me mandaba a buzón.

Esperé quince minutos para volver a llamar y en eso veo venir al Arqueólogo; lo reconocí por las fotos que nos habíamos mandado por *mail* y de las veces que chateamos con cámara en el Messenger. Me puse súpernerviosa, me saludó de abrazo y beso. Me preguntó por mi amigo David; le mentí

diciéndole que ya venía en camino, que lo esperáramos un rato en la plaza de comidas del aeropuerto.

Llegamos y pedimos dos cafés y un pastelito. David ni sus luces. El Arqueólogo se mostraba emocionado, y no dejaba de platicar y de preguntarme cosas; de decirme todos los lugares a donde iríamos. Transcurrió una hora y David no aparecía ni en vivo ni por teléfono. Ya estaba bastante nerviosa.

Entonces me dijo: "Creo que tu amigo ya no llegó, pero con gusto yo te ofrezco mi casa. Si él te habla, le decimos que pase por ti". Tragué bolitas, no sabía si aceptar, pero tenía que decidir rápido. En mi mente me persigné y le dije: "Está bien, me voy contigo".

En el camino volví a marcarle como cuatrocientas veces a David, sin ningún éxito. Llegamos al departamento del Arqueólogo en el quinto piso de un edificio de condominios. Entré nerviosa.

Al recorrer la vista me encontré con un verdadero museo de piezas de todo el mundo. Me ofreció un vaso de vino tinto; no sabía si beberlo o no, por aquello de que hubiera puesto algo para dominarme. Dijo que iría por botanas a la cocina y aproveché para intercambiar el vaso.

Volvió con bocadillos vegetarianos, puso música e incienso, o sea: la función completa de la seducción, o de la buena amistad. Yo tenía qué elegir. Con lo rico que estaba el vino, el espacio cálido de aquella sala tan pulcra y el buen entendimiento de nuestra conversación de siempre, elegí la primera vía.

Luego de siete meses de divorcio, la parte física de la soledad ya me urgía a ponerle un remedio a mi cuerpo. Además el Arqueólogo estaba más guapo en persona que en las fotos. Al día siguiente me trajo el desayuno.

Tu música en mí

Arturo, durante mucho tiempo, fue mi mejor amigo. Le pedía consejos, me cuidaba, íbamos al teatro, platicábamos horas. Éramos inseparables.

Es un gran músico, yo lo admiraba y él me quería mucho. Me compuso dos piezas hermosísimas: una se llama *Jazmín* y otra tiene el bello nombre de *Cisne*. Temblando de emoción escuché cada una en su estreno con orquesta en el Teatro de los Héroes.

La noche de *Jazmín* fuimos a cenar luego del concierto, andábamos felices. Allí me declaró su amor y sentí de forma casi bioquímica cuando una sombra caía sobre nosotros. Miró en mi rostro la sorpresa y seguramente pensó que era por la felicidad y el cariño. Y lo cierto es que cariño para él yo tenía en abundancia, pero no amor; y eso una mujer siempre lo tiene bien claro.

Con el mayor cuidado, con las palabras más tiernas que pude, le dije que lo pensáramos bien; ya después hablaríamos que estaría siempre en mi corazón. Pero él entendió todo tal cual; un artista genial tiene mente rápida. Ni siquiera me dejó ver en sus ojos algún vestigio de humillación o desencanto. Nos despedimos con la naturalidad de siempre.

Al día siguiente le llamé, como todas las mañanas, y no contestó. Más tarde le puse un mensaje, y nada. Así pasaron días hasta que recibí un Inbox: "Hola, Jazmín. No me llames, no me pongas mensajes, no me busques; no puedo verte, no quiero verte. Por favor espera a ver qué pasa, y entonces yo me reporto".

Eso no ha pasado, ya van dos años. Una vez me lo encontré en un concierto y fingió que no me había visto. Tal vez el amor anduvo muy cerca y no supe descubrirlo; tal vez la amistad es un sueño que termina.

Arqueología

Mi amigo Fernando vino a Chihuahua y lo llevé a Madera en mi *vochito*; quería conocer las Cuarenta Casas, pero quiso ir de pueblo en pueblo. En cada uno visitábamos la plaza y la iglesia. En el anterior a ciudad Madera llegamos a tocar a la casa del padre, a pesar de que ya eran como las ocho de la noche.

Nos abrió el sacerdote y mi amigo le preguntó si podía mostrarnos la iglesita. El padre estuvo de acuerdo y entramos. A pesar de ser una iglesia antigua, lucía moderna. Lástima… la habían remozado. Algo que me extrañó fue ver la imagen de un Cristo elevándose al cielo, y no en la cruz todo martirizado… pero bueno, allí estábamos escuchando al Cura. Su manera de hablar me parecía curiosa y al pasar junto a él, me llegó el olor a tequila. Andaba hasta las chanclas.

Cuando acabó la explicación, nos invitó un café y nos ofreció unas manzanas.

—Tómenlas de la reja que está en el rincón.

Me agaché por ellas y junto a la reja había una colección de toda clase de licores. Cuando nos despedimos para seguir el viaje, nos dijo:

—Es tarde para que se vayan, tengo una habitación extra. Quédense, son patrañas eso de que las parejas no deban dormir juntas sin casarse; yo no tengo problema con eso.

Pero mi amigo quería estar lo más pronto posible en Madera. Le agradecimos su hospitalidad.

Llegamos como a las once, parecía pueblo fantasma y hacía un frío del nabo. Llegamos al hotel y nos instalamos, pero el señorito se aferró a ir al centro a esa hora. Y allá fuimos, irrumpiendo en el silencio de la noche. Yo no conocía

el pueblo, conducía muy despacio buscando algún lugar para cenar. Como era de esperarse, todo estaba cerrado. Decidimos regresar al hotel pero tomé una calle en sentido contrario sin darme cuenta. A lo lejos divisé una patrulla que al vernos avanzó hacia nosotros; en la primera esquina di vuelta a la derecha y me topé de frente con los policías; bajé el vidrio en espera de una indicación pero no pasó nada. Avanzamos como un metro y de pronto nos cerraron el paso tres patrullas: dos adelante y una detrás.

Se bajaron un montón de encapuchados con metralletas, nos rodearon y uno de ellos exigía que me identificara y bajara del carro. Terror. Yo pensé: "Ya nos desaparecieron, o nos usarán como chivos expiatorios. Nos sembrarán droga o de plano me van a violar y matar".

Con un valor más fingido que nada, les dije a los supuestos policías:

—¿Por qué nos detiene?, ¿qué falta cometimos? Nos están tratando como delincuentes.

Él me contestó:

—Venían en sentido contrario.

—Y qué –le respondí–. Pues deme la infracción y ya. Está violando mi libertad de tránsito. Además no excedí la velocidad ni tengo aliento alcohólico. Déjenos ir.

—Bájese del carro y deme su identificación –me repitió el encapuchado.

—Pues identifíquese usted. Quítese el pasamontañas y enséñeme su placa. ¿Cómo voy a saber si es en verdad policía? Ahora ya ni se sabe –todo eso se lo dije casi gritando.

—Por última vez, bájese del carro y suavíceme el tono –vociferó–, si no quiere tener verdaderos problemas.

Me apuntó con su arma. No tuve más remedio que obedecer pero sentía que las piernas se me doblaban.

Nos llevaron a un lado del automóvil mientras lo registraban. Estaba asustadísima y en eso veo unas luces que llegan; en la acera de enfrente se estacionó una *troca* de modelo reciente. De ella se bajó muy tranquilo aunque algo trastabillante el sacerdote que había sido nuestro magnífico anfitrión. Se acercó con familiaridad y habló con los judiciales:

—¿Qué pasó, muchachos?, ¿hay algún problema con estas personas? Ellos son amigos míos, estuvimos tomando café hace dos horas; son gente buena. Mejor déjenlos ir y vámonos de una vez al dominó, ya es tardísimo.

—Órale pues, mi Cura Hidalgo. Vámonos, espero que se traiga un buen pomo para el frío, que está liando la grulla.

El sacerdote se despidió muy cariñoso de nosotros, y nos dejaron ir.

En frío

Cuando estaba en la Facultad, había un amigo que me gustaba un chorro pero yo estaba muy verde para ese tipo de cosas; en cambio él era todo un experto, así me lo parecía. Luego de dos sonrisitas comenzó a cortejarme y caí redonda. Me sentía la mujer más afortunada del planeta.

Durante las vacaciones hizo gala de todo tipo de artimañas para llegar hasta *home*. Sin embargo no cedí una sola base. Al siguiente inicio de clases se fue a estudiar fuera, pero seguimos en contacto a través de llamadas telefónicas, *mail* y eso. Al cabo de seis meses regresó para la temporada navideña. Estaba yo en mi casa y me entró una llamada de él: "Ya llegué, ven. Te tengo una sorpresa". Contentísima, corrí a su encuentro. "¡Me había traído una sorpresa! ¿Qué será?", pensaba mientras iba como loca por la calle. Al llegar me tiré a sus brazos pero me rechazó al mismo tiempo que me decía: "Mira, te presento a mi prometida".

El mundo se terminó para mí; con un pretexto tonto me despedí y me fui a llorar como Magdalena.

El tiempo pasó. Matrimonio, divorcio y luego como un resucitado de entre los muertos, me llamó un día igual en fechas decembrinas. Me dijo con esa voz de galán que en otro tiempo me hiciera temblar, y que ahora me chocaba: "Hola, aquí ando. Me divorcié. ¿Qué te parece si concluimos lo que dejamos a medias?".

Le dije que sí, que había esperado mucho ese momento y que sería la mejor noche de su vida. Llegué a su casa, todo estaba exquisitamente preparado: musiquita, vinito, luz tenue y esas cosas que ya saben. Como *femme fatale* le hablé con voz ronquita; lo besé largo y profundo procurando que

la excitación no me ganara pero sintiendo de él su emoción arrebatada. Para lograr el efecto completo me tuve que quitar tres prendas pero a él lo dejé desnudo.

—Espérame tantito, mi amor. Quiero ponerme un ropita que te gustará mucho. Es una sorpresa especial para ti –tomé mi bolsa y las cosas que me había quitado. Entré al baño.

—No te tardes, mi reina –me dijo. Cuando cerré la puerta me vestí completita y salí muy quitada de la pena hacia la recámara donde él, sin hallar qué hacer ni qué decir, me miraba cruzar hacia la sala y a la calle. Por dentro iba muerta de risa de verlo allí encuerado, muy ansioso.

Jazz

—Atziri, Lizz… tengo que contarles lo que me pasó –dijo Jazmín con un tono alborotado.

—Ándale, sube a la camioneta que ya vamos tarde; si no, llegaremos a la Feria de la Manzana cuando ya se haya acabado todo. En el camino nos cuentas.

Jazmín se acomodó en el asiento del copiloto; luego de saludarlas empezó a platicarles del tema que le apuraba:

—Pues ahí tienen que el jueves tuve un invitado en clase de Historia del Arte. Pedro, el maestro del otro grupo, conoce a uno de los músicos del cuarteto de jazz que tocó el miércoles pasado en el Teatro de Cámara, ahora por lo del Festival Internacional, y lo invitó a dar una charla a los estudiantes. Resulta que es famoso, hasta un Grammy ganó con su banda.

—¿Y está guapo? –preguntó Atziri.

—Pues sí, no está mal. Pero déjenme contarles.

—¿Y te tomaste fotos con él? –preguntó Lizz, emocionada.

—Pues no, ni me acordé de hacerlo. Pero en cuanto lo saludé…

—Qué mensa eres, cómo se te fue a olvidar. Ya no podrás presumir en el *face* que conociste a un famoso –dijo Atziri, decepcionada.

—¿Pero sí le pediste correo y teléfono, y le dijiste que te agregara al *face*? –preguntó Lizz casi suplicando.

—Sí… No… Bueno, es que al inicio solo nos presentaron y luego…

Sus amigas parecían dispuestas a no dejarla hablar; solo parloteaban y preguntaban, bastante excitadas:

—No lo puedo creer, ¿ni eso hiciste?, ¿pues en qué estabas pensando? –exclamaron al mismo tiempo, incrédulas.

—¿Me van a dejar terminar de decirles el chisme o no? –gritó Jazmín, exasperada.

Ambas quedaron en silencio; sabían que su amiga tenía el genio un tanto disparejo, y no querían perderse la historia, que pintaba ponerse interesante.

—*Okey*, como les decía, llegó el jueves a la clase de las siete de la mañana, supongo que desvelado por el concierto del día anterior. Pedro me lo presentó sin ninguna formalidad y de inmediato comenzó la plática.

Lo que sea de cada quién, el hombre tiene presencia y supo captar la atención de los alumnos. Se notó por su lenguaje que ha estudiado, leído, y ya después me enteré de que tiene una Licenciatura en Sociología, además de la música.

Se suponía que el asunto duraría una hora, pero como los muchachos estaban muy interesados, se prolongó un rato más; le dije a Pedro que me iría a mi siguiente clase. Le pedí que me disculpara con nuestro invitado.

Me comentó que estaría con él desayunando en El Mesón de Catedral, por si quería alcanzarlos, pero no pude llegar. Al terminar mis clases fui a buscar a Pedro para que me contara sus impresiones sobre la charla y si todo había terminado bien; me sentía un poco incómoda por no haberme despedido como Dios manda.

—No te apures, todo salió bien –me dijo–. Fabián quedó encantado de hablar con los chavos y de tomarse fotos con ellos.

Al final de la charla, agregó:

—Si quieres saludarlo, estará dando un taller en El Conservatorio hoy y mañana viernes a las seis de la tarde.

La idea no me pareció mala. El viernes tenía pensado ver una película, así que no me costaría nada llegar de pasada, y así lo hice. Entré a la sala de ensayos cuando el taller estaba finalizando. Me disculpé por no despedirme como era debido; comenté que los muchachos habían estado muy contentos, que esperaba no fuera la última vez. Le agradecí y me fui al cine.

Como a las diez de la noche llegué a casa y antes de dormir prendí un rato la *lap top* para revisar el Facebook. En el Inbox había un mensaje de Pedro donde decía que Fabián quería mi número de celular, que si lo autorizaba a dárselo. Le pregunté para qué asunto quería el músico comunicarse conmigo y no supo el motivo, según él.

Tomando en cuenta la buena impresión que me causó, accedí. La mera verdad me emocioné, pensé en lo interesante que podría ser charlar con Fabián Casas, un jazzista que ha viajado por el mundo y se ha codeado con grandes figuras del medio artístico. Hasta le mandé invitación por *face*.

Media hora después recibí un mensajito de texto de Fabián que decía… mejor les leo toda la conversación, aquí la tengo:

Fabián: Me dio pena pedirte tu número de *cel* delante de todos, ¿te puedo ver?

Jazmín: ¿Eres Fabián?

Fabián: Sí.

Jazmín: ¿Y cuándo nos veríamos?

Fabián: Hoy. Hotel Mirador, habitación 215. ¿Te gustaría un vinito? Saliendo de la cena te aviso y nos vemos.

—¡Uuuy…! –Se escucharon los gritos de emoción de Lizz y Atziri. Luego seguí leyéndoles la comunicación grabada en los mensajes de texto del celular:

Jazmín: Oye pero ya es muy tarde, son las once de la noche. Te lo catafixio para mañana.

Fabián: Me voy mañana.

Jazmín: ¡Ups…! Está bien. ¿Dónde nos vemos?

Fabián: Ya te compré tu vinito. Te veías bellísima hoy que fuiste al Conservatorio.

—Wow… ¡Qué emoción amiga! Sigue, sigue.

—Aquí eché una mentirilla para no esperar tanto; le dije que andaba en la calle y no que estaba en casa.

Jazmín: Gracias. ¿Dónde nos vemos y a qué hora? ¿Sabes? Estoy de visita en casa de unos amigos; ya casi me retiro y como vivo lejos, pues me gustaría ir de aquí directo contigo y no tener que irme hasta allá y luego volver.

Fabián: ¿Cuánto te tardas?

Jazmín: Unos treinta minutos. ¿Y si te espero en el Café del Paseo?

Fabián: No traigo coche. En quince minutos me regresan al hotel. ¿Nos vemos ahí? Cuando ya vaya para allá te aviso para que me alcances.

Jazmín: Está bien.

—Pasó un rato y el músico no me mandaba mensaje. Era ya casi media noche, la verdad ya no se me antojaba salir y le mandé un recadito diciéndole que ya iba para mi casa porque él se estaba tardando demasiado.

Jazmín: Lo siento, me voy a casa.

Fabián: ¿Por qué?

Jazmín: Ya es muy tarde.

Fabián: Espera, no seas mala, te voy a apapachar mucho al rato.

—¡Ay…! ¡Qué romántico! Le pegaste con tubo al músico –gritó embebida Atziri.

Jazmín: ¿A mí?

Fabián: Sí, te quiero apapachar. Me estoy apurando y me gustaste mucho. Ya pasan por mí para llevarme al hotel.

Jazmín: ¿Y quién te dijo que yo quiero que me apapaches? Ya es muy tarde, mejor invítame a desayunar mañana temprano antes de que te vayas al aeropuerto.

Fabián: O te puedes quedar conmigo y desayunamos rico mañana…

Adentro de la camioneta fue el acabose de gritos, aplausos e imaginación desbordada y concupiscente de las amigas.

Jazmín: No, no quiero quedarme contigo; ya voy camino a casa. Que disfrutes tu cena y tu vinito.

—Como a las dos de la mañana volvió a sonar un mensajito en mi *cel*.

Fabián: Ya estoy en el hotel, ¿vas a venir?

—Obvio que ya no contesté. Pero llegó uno tras otro.

Fabián: ¿Sí le caes? ¡Ven!

—Ese fue el último que mandó.

—Qué tal con el Fabián. Qué grosero. Artista tenía que ser –dijo Lizz.

—Pero esperen, la cosa no acaba ahí –dijo Jazmín con tono pícaro–. Ayer en la mañana, antes de irse al aeropuerto, revisó su *face* y aceptó la invitación que le hice antes de que pasara todo el *show* que les conté. Yo estaba en línea y me habló:

Fabián: Hola mujer.
Jazmín: Hola hombre.

Fabián: No se me hizo raptarte.
Jazmín: Quizá en otro momento, en otra circunstancia y de otra manera.

Fabián: Siii… Y te veías preciosa en tu clase de Historia del Arte. Así te recuerdo.
Jazmín: Gracias.

Fabián: Te quería atacar a besos, Ji ji ji…
Jazmín: ¿El *cel* al que te estuve escribiendo es tuyo?, ¿por ahí se te localiza?
Fabián: Sí, pero solo lo uso en México, lo apago llegando a casa.
Jazmín: *Okey*.

Fabián: +1(818) 512 0237, es mi Whatsapps también.
Jazmín: ¿Así sueles ser con las chicas?
Fabián: ¿Mmm…?
Jazmín: ¿Raptarlas y atacarlas a besos a los cinco minutos de conocerlas?

Fabián: Solo si me llaman mucho la atención.
Jazmín: ¿La atención?
Fabián: Sí, que me gustan mucho.
Jazmín: Ya veo.

Fabián: ¿Te molestaste?
Jazmín: ¿Por?
Fabián: Porque te busqué.
Jazmín: No, solo que me gusta que me pregunten si quiero ser raptada o atacada a besos a los cinco minutos de conocerme. Que no lo den por hecho.

Fabián: No sabes cómo traté de zafarme cuando te dije que ya fueras al hotel. Me tuvieron platicando arriba del coche por una hora más. Hasta te compré vino tinto.
Jazmín: Además... insisto, antes hay que preguntar.
Fabián: Te pregunté y dijiste que sí.
Jazmín: Sí, claro, vernos. Pero de ahí a que quiera que me raptes.
Fabián: Discúlpame, no me pude contener.

Jazmín: Acabo de ver a Pedro, me preguntó si nos habíamos visto el viernes pero le dije que no lograste desocuparte de tu compromiso.

Fabián: A la próxima no te pregunto, solo te tomo y te rapto como King Kong. Ji ji...
Jazmín: Ja ja ja... te aviso que practico Kick Boxing.
Fabián: Y yo compito Krav desde hace diez años, me sirve para cargarte y abrazarte.

Jazmín: ¿Qué haces ahora?

Fabián: Preparándome para irme al aeropuerto.
Jazmín: Es verdad, no te quito el tiempo entonces.

Fabián: ¿Tienes Skype?
Jazmín: Sip, FarelI04.

Fabián: Siii... ¿Cuándo te puedo ver por Skype para platicar?
Jazmín: Por lo regular estoy en casa tranquila por las noches, pero no sé la diferencia de horario con Los Ángeles.

Fabián: Mira, según mi reloj, son allá las once de la mañana.
Jazmín: Ah, es solo una hora menos allá.

Fabián: Ya te agregué.
Jazmín: Ok, ya te agregué también.

Fabián: Sí. ¿Nos vemos por la noche ya que estés en casa?
Jazmín: Espero que sí. He andado como queriéndome resfriar.
Fabián: Ya ves, por no dejarte apapachar.
Jazmín: ¿Qué tiene que ver una cosa con otra?
Fabián: Uno se compone más rápido.
Jazmín: Pero si me resfrié cuando tú ya no estabas, no veo cómo me puedo curar más rápido si me hubiera dejado apapachar.
Fabián: ¡Mmmta…! Yo buscando pretextos para estar juntitos y abrazarte mucho, y tú no te dejas. Bueno, nos vemos en la noche, tengo que irme al aeropuerto. Besos ricos.
Jazmín: Hasta luego.

—No cabe duda, lo flechaste. ¿Qué se siente ser objeto del deseo de un músico que ha ganado un Grammy? –dijo Atziri, guiñando un ojo.

—De no ser por esas ínfulas que tiene de galán soñado, que dio por hecho que yo quedaría rendida a sus pies, capaz y sí acepto el vinito y todo lo demás; si hubiera puesto las cartas sobre la mesa, a lo derecho… en el pedir está el dar, hasta para eso hay que tener estilo.

—Ay Jazmín, ¡cómo dices esas cosas! Claro que en ninguna circunstancia debes decir que sí a esas peticiones –comentó Lizz muy seria–, está bien que coquetees y platiques, pero de eso a hacer otras cosas…

—¿Y al fin se comunicó anoche cuando llegó a Los Ángeles? –preguntó ansiosa Atziri.

—Sí. Les leo la conversación del Skype? –les dijo Jazmín esbozando una sonrisa maliciosa–. Primero me buscó por el Inbox del *face*, luego ya nos pasamos al otro.

—¡Pues claro! –exclamaron en un grito las dos mujeres.

Fabián: ¿Ya estás en Skype?
Jazmín: Nop… ¿Y tú?

Fabián: Me dices y me conecto.
Jazmín: Dame un momento *porfas*.

Fabián: Voy a la tienda.
Jazmín: ¿Me compras un chocolate? Estoy enfermita.

Fabián: *Okey*.
Jazmín: Cookies and Cream.

Fabián: Te puedo hacer un *striptease* y se te olvida un rato.
Jazmín: Ja ja ja… gracias por el ofrecimiento, pero con el chocolate basta.
Fabián: Bueno.

Jazmín: ¿Volviste?
Fabián: Sí.

Jazmín: Nuevo amigo, estoy lista para ir al Skype pero te advierto que tengo cara de enferma. La de la foto que aparece en mi perfil, nada que ver en este momento. Tú sabes si te animas.
Fabián: ¡Eres bellísima! ¡Qué te pasa!
Jazmín: Gracias por la flor, pero ahora no lo creo.

Fabián: Dejemos *face*, vámonos a Skype. Ya estoy.
Jazmín: Ok, yo también.

Fabián: Entonces qué, ¿sí te voy a hacer tu *strip*? Ji ji...
Jazmín: ¿O sea que es obligatorio? Es decir, ¿si no hay *striptiese*, no hay charla? Mmm… el problema es que tengo conflictos con las imposiciones y la autoridad.

Fabián: No entendí lo último. Te tengo una sorpresa: Me compré un Der Wear nuevo y te lo quería modelar, para que se te olvidara tu gripa.
Jazmín: Ja ja… Me asusto. ¿No prefieres platicar?

Fabián: No. Tan grandota y te asustas por cosas que ni al caso… ¡Te pasas!
Jazmín: Bueno, es que de todo hay en la vida; tú también estás muy grandote y… ¿siempre haces berrinches?

Fabián: Sí, pero no me asusto.
Jazmín: Ja ja ja… al menos eres un berrinchudo valiente.
Fabián: Eso sí.
Jazmín: Ja ja ja… *okey*, así son los hombres del norte.

Fabián: Nunca me vas a dejar coquetearte rico.
Jazmín: Pero coquetear no solo es un *show* por Skype; hay muchas otras maneras… ¿qué no? Un galán músico como tú debe ser experto.
Fabián: Sí pero también me gustan otras cosas.
Jazmín: Estoy de acuerdo. Pero qué pasa si la otra persona aún no se siente cómoda con esas cosas. Todos tenemos una manera distinta de ver lo mismo. Quizá para ti sea lo más normal, quizá para mí implique otras cosas.
Fabián: Por cerrarse, uno pierde oportunidades.
Jazmín: ¿Oportunidades? Dime cuáles.
Fabián: Ash… olvídalo Jazmín.

Jazmín: Qué pronto te enojas. Está bien, lo olvido.
Qué serio. Mmm… ¿Así te vas a quedar para siempre?
Fabián: Hasta que me hagas caso.
Jazmín: Pues sí te hago caso, estoy aquí platicando contigo, no te estoy ignorando.

Fabián: Ash… *okey*, me retiro.
Jazmín: Está bien, que tengas buena tarde.

—Y dale con el *striptease*, ¿pues que estará muy dotado o qué?
—Calla, Atziri –exclamó enojada Lizz.
—Aún no termina la conversación. A los cinco minutos se conectó de nuevo.

Fabián: Hola mujer.
Jazmín: Hola hombre.

Fabián: Déjame te mando video de nuevo, enojona preciosa.
Jazmín: ¿Es promesa o amenaza?

Fabián: Me compré los *undies* para modelártelos y me los despreciaste.
Jazmín: No te los desprecio, Fabián. Eres una persona interesante, pero no vemos las cosas de la misma manera, es todo. ¿No me dices nada?

Fabián: Oye, sexy. ¿Cuándo me vas a dejar hacerte tu *striptiese*?
Jazmín: Y dale, ¿eres obsesivo?

Fabián: Entonces, ¿me dejas?
Jazmín: ¿Es que no podemos ser amigos de los que no hacen *striptiese*?

Fabián: O de los dos. Eres como una fantasía. ¿Entonces no?
Jazmín: ¿Y si prefiero tenerte como amigo de los que charlan a todo dar y de vez en cuando se van a tomar un café o un vinito, y quién sabe si después… lo demás?
Fabián: Se pueden perfectamente las dos.
Jazmín: Pero yo quisiera solo una.

Fabián: *Okey*… entonces ya no te molestaré más, *ciao*.
Jazmín: ¡Oye! ¿O sea que si no hay *striptiese*… ¿no hay amistad ni plática?

Fabián: Buen día.
Jazmín: Pues buen día.

—¿Cómo la ven con el jazzista, amigas?

—Qué bueno que se haya enojado contigo, así ya no te molesta –comentó Lizz muy seria.

—No creo. Como no está acostumbrado a que lo rechacen, verás que te volverá a hablar.

—¿Tú crees Atziri? La mera verdad me estoy arrepintiendo de no haberlo dejado que me hiciera el *striptease*. ¿Cuándo se ha visto tanta insistencia de un hombre por hacerlo? Capaz que sí había mucho qué ver. Lo que sí pensé, pero me arrepentí, fue decirle que sí y después burlarme: "¿Por esa pequeñez hiciste tanto escándalo?". Bajarle los humos. Pero no, no soy tan mala, aunque se lo merezca por vanidoso y machín. En fin, dejemos el tema y vayamos a divertirnos. Guerrero, ¡allá vamos!

Jazmín y sus amigas, felices de la vida, siguieron su camino.

Señales

Jazmín se sentó en una de las bancas de la Plaza de Armas. Eran casi las nueve de la noche y en la bocina de la música ambiental se escuchaba un jazz melancólico como ella ese sábado 5 de abril.

Debería estar celebrando su aniversario con Frank; sin embargo ya no había nada, solo imágenes que ella pasaba por su corazón. Había decidido tomar una actitud valiente y continuar lo mejor posible con su vida; no obstante lo echaba mucho de menos y la desilusión de los planes y proyectos, un día imaginados con alegría y esperanza, le lastimaba profundamente.

Ya en dos ocasiones el destino los había puesto azarosamente a destiempo en el mismo camino. Ninguno supo qué hacer. Al parecer ahora tampoco.

Jazmín volvió la cara al cielo; después de un momento cerró sus ojos y se dejó acariciar por el viento, apenas fresco, que una leve lluvia había dejado. ¿Es posible desperdiciar el amor, sobre todo cuando ha costado tantas penas encontrarlo? Si existiera otra oportunidad, una señal, una...

—No sueñes, Jazmín –se dijo aún con los ojos cerrados–, tres intentos fallidos son más que una señal.

Abrió los ojos, suspiró profundamente y se incorporó para dirigirse hacia su automóvil estacionado en la Plaza Mayor. Sin darse cuenta caminó por el lado opuesto de su llegada.

—Ya no hay señales –seguía diciendo con la cara vuelta hacia el piso, contando los cuadros de cemento: uno, dos, tres, cuatro…

Entregada a sus pensamientos, alzó la mirada y vio que en una banca, a unos pasos de ella, estaba él. También miraba el cielo.

Seguir como ella es

A su vida llegó el amor, dizque a curar y a enriquecer la vida.

Pero en su interior, a pesar de decirse enamorada, sabe que eso no es del todo cierto.

"No te hagas tonta –piensa ella–, pregonas que las buenas relaciones son aquellas en las que lejos de perderte, te encuentras, te reafirmas y enriqueces".

La reflexión de Jazmín atardece de naranja y rosa: "¿Cómo está tu corazón?".

Se percibe distinta. No le agrada darse cuenta que de a poco, en solo unos meses, ha dejado de ser la misma.

Siente que ha traicionado aquello que tanto trabajo le ha costado conseguir: independencia, libertad, autenticidad… Y el pleno goce de su soledad.

Dicen que el amor no mata… más bien revive muertos; no estoy tan segura. ¿Por el amor valdrá la pena dicha traición?

Yoko

—El siglo veinte se acabó en los setentas, Frank, cuando las mujeres de plano estaban fregadas.

—En este siglo o en cualquiera, las mujeres son las mujeres y los batos son los batos, *m'ija*.

—Ay… a veces me gusta cuando me dices así, pero en lo que estamos platicando, ni al caso. Por si no lo sabías, existe algo que se llama educación, y eso fue lo que les sucedió a las mujeres. A todas.

—Ya salió la maestra a darme lecciones. Flaquita, no me salgas...

—Mi mamá me platicó todo eso, la píldora anticonceptiva fue la novedad científica de la época, el amor libre la gran revolución; las mujeres dejaron de ser tan mensas y poco a poco fueron consiguiendo su independencia económica. Para darte una idea, la mismita Yoko Ono hizo lo que le dio su gana con Los Beatles, según me contaba mi mamá, muerta de risa.

—No se te olvide que la naturaleza es la naturaleza, los siglos no le cambian ni un pelo.

—¿Y quién te dijo que la naturaleza está compuesta de mujeres sumisas al servicio de los gandallas?

—¿Me estás diciendo gandalla?

—Claro que no, me refiero a todos los hombres que siguen de tercos en quedarse atorados en la historia. Y el machismo, para que te lo sepas, *it's over*.

—No soy todo eso que dices; hay valores. Este… ¿sabes qué? El tema se cerró.

Al mesero:

—Oye, tráeme la cuenta.

Blusas ajustadas

Jazmín tenía la costumbre de preguntar, no podía contenerse. Aunque eso le había causado algunos tropiezos, también le había conseguido claridad en las acciones de su vida; en el balance, su sistema salía ganando. Por eso el martes pasado, luego de una cena romántica con su novio, a quien apenas andaba conociendo pues solo tenían dos meses de andar juntos, le preguntó:

—Dime si hay algo que te incomoda de mí.

—Bueno… hay tres cosas. Pero no quisiera decírtelas.

—No, ándale. Dime. ¿Cuáles son?

Entonces él le dijo a ella:

—Me incomoda que vistas blusas ajustadas. Que seas tan exagerada en la expresión de tus emociones. Y que preguntes cosas que hagan mostrarme.

Y ella le dijo a él:

—Entonces, ¿por qué estás conmigo?

Él no supo bien a bien qué contestar, y ese fue su error. En cambio, ella sí supo allí mismo lo que debía hacer.

Los XV de Ofelia Nayelli

La familia de Frank vive en San Andrés y allá fueron él, su mamá y su novia a los XV de la prima Ofelia Nayelli, en el auto Honda nuevecito.

Jazmín iba un poco nerviosa, a pesar de su talante liberal y decidido: conocería a la familia paterna de su novio. También estaba muy contenta porque le gusta viajar con él, aunque esta vez fuera un poco a la manera de Acuña, el de *Nocturno a Rosa*rio: *"En medio de nosotros, tu madre como un Dios"*.

Después de un rato de viaje llegaron a la casa de Luis, uno de los treinta primos de Frank, quien los recibió con una sonrisita de oreja a oreja.

—¡Quiubo primo! ¡Dichosos los ojos! Tía, ¡usted siempre tan chula! Y esta señorita tan guapa, ¿quién es?

—Les presento a mi novia Jazmín.

Todos juntos se fueron caminando al templo y llegaron exactamente al momento en que la misa empezaba; el padre apareció vestido con ornamentos dorados; era joven, guapo y didáctico.

—Pueblo de San Andrés: la celebración de la Eucaristía de este sábado, ya tan cercano al adviento, habremos de ofrecerla por los XV años de nuestra hermana Ofelia Nayelli.

Aquí siguió un rollototote de cuatro minutos, mezcla de padrinazgo y catequesis. La quinceañera era la reina absoluta de la ceremonia y se sentía tan bien en su papel, que muy garbosa y coqueta desempeñaba todas las acciones que le tocaban. Los chambelanes y las jóvenes damas de su Corte, también hacían lo propio. A las siete de la tarde la gente se reunió en la cancha de la

escuela para el inicio de la fiesta. Alrededor había una hilera interminable de mesas donde fueron acomodándose los invitados, que eran la totalidad de los habitantes de San Andrés, de todas las edades, más una gran cantidad de personas que llegaron de fuera.

Un grupo de muy bien organizadas tías y primas empezaron a repartir platillos de asado, arroz y frijoles como si no hubiera mañana. Jazmín, que es vegetariana, hizo a un ladito del plato cualquier vestigio de chile colorado con sus manos de pianista y chica fresa, y discretamente saboreó el arroz que tampoco era cosa del otro mundo. La cerveza de barril también circulaba como tromba pero ella le daba sorbitos al agua purificada que su novio le había comprado en el Oxxo. En ambas cabeceras de la cancha se habían instalado dos bandas sinaloenses. En el lado norte Los Anchondo y en el lado sur Los Montañeses del Álamo versión siglo XXI. Fue esta última la que abrió el baile con una canción de *El Buki*, que era favorita del novio de la quinceañera: *Yo quiero ser más que tu amigo*. A los dos minutos ya estaba la cancha repleta de parejas; ellos de ropa vaquera de marca y sombrero Cuatro Equis; ellas de minifalda superaudaz y blusas *fashion*, con su pelo hasta la cintura y joyas en los dedos, las muñecas y los aretes, sin faltar los collares.

La fiesta fue muy alegre, las dos bandas tocaban de lujo; ambas habían instalado tecnología de última generación y el sonido de cada instrumento se escuchaba con prodigiosa claridad. Una de ellas traía un coro de cinco mujeres que parecían supermodelos y cantaron como los propios ángeles. La otra, la de Los Anchondo, traía un vocalista guapérrimo que durante toda la noche mantuvo muy en alto el interés, no solo de la quinceañera y de su multitudinaria Corte sino también el de todas las mujeres.

Ya cerca de la madrugada, Frank, su mamá y Jazmín regresaron a casa de Luis, donde los acomodaron para dormir; a ellas en el cuarto de las mujeres sobre el montón de tendidos donde ya dormían algunas primas y tías; él en el cuarto de los hombres donde todavía no llegaba nadie, ya que le habían seguido en la parranda dispuestos a esperar la salida del sol.

A pesar de la desvelada, la tornafiesta inició a las siete de la mañana. Otro grupo de diligentes mujeres, o quizá el mismo de la cena, entre las cuales andaba la mamá de Frank, empezaron a guisar huevos estrellados, a recalentar el asado, a cortar cebolla, chile y tomate en cantidades industriales y a guisar frijoles deliciosísimos. Poco a poco fue recalando la gente, incluso la de otras casas, y se sentaban a la mesa con naturalidad. Frank a cada uno lo iba saludando e iba presentándole a su novia como lo había hecho desde la noche anterior.

Algunos le hacían bromas cariñosas a su mamá, a la que se nota le tienen mucho cariño. —¡Esa tía! ¿Qué tal le ha salido la nuera?

Como es mujer de mucha personalidad, no les daba mucho vuelo.

—¡Bien! Es buena muchacha.

La fiesta volvió a prender y le siguió todo el día; ni la cerveza ni las botellas, ni la comida, se acabaron nunca. Hubo algunos ebrios.

Tranquilino terminó de almorzar muy orondo y le dijo, casi le exigió a su primo Frank: —Vámonos a pistear, mi Francis.

Jazmín, que estaba a un lado de su novio, adelantó la respuesta:

—No, él se queda aquí conmigo.

—¡Ah chingaos! ¿*Usté* manda? –dijo Tranquilino dirigiéndose a ella. Luego volvió a lo mismo:

—¡Ándale Francis, vámonos a pistear! –insistió atropellándose al hablar.

Se hizo un silencio extraño que rompió la tía Hilda:

—¡Ya Tranquilino! Deja de molestar a la señorita. No lo dejó ir, ¡entiende!

Frank se quedó callado y no se movió de su lugar. Con su característica actitud serena respaldó el dicho de su novia sin responder ni media palabra a su pariente. A las cuatro de la tarde se despidieron uno por uno de la familia entera; frases cariñosas, promesas de visita, intercambio de números telefónicos… Luego la mamá, la novia y él iniciaron el viaje de regreso a Chihuahua. Los tres venían un poco cansados pero disfrutando de esa felicidad que dan las buenas fiestas familiares.

Papá se fue

Ayer vi a Laura sentada en una de las mesas del Kaldi; su rostro parecía el de La Dolorosa y además estaba hecha una furia. Como es muy mi amiga, me senté a su lado:

—Hola, Laura, ¿qué te pasa?, ¿por qué estás triste?

—Me da rabia la desvergüenza de la gente –me respondió–, su cinismo y desfachatez. ¿Te acuerdas de Josefina, la señora que estuvo con nosotras el semestre pasado?

—Sí la ubico. ¿Qué pasó con ella?

Guardó silencio un momento y continuó su relato, con una voz tan desilusionada como sus ojos: "Todo ese semestre trabajamos juntas en clase; hicimos la tarea, los trabajos, las exposiciones y hasta fue varias veces a mi casa. Como yo falté a unas clases, se puso a explicarme Economía Financiera. A mí me agradaba mucho su amabilidad; llegué a pensar que me apreciaba de verdad. Pero ayer se me cayó la venda de los ojos".

Un tanto intrigada, le pregunté:

—¿Pues qué pasó con ella?

Con los ojos llenitos de agua me dijo: "Hace dos días mi mamá me pidió que limpiara el sótano; estaba todo desordenado y lleno de muebles rotos y papeles viejos. Empecé a mover las cosas para saber qué tirar y qué guardar, y en eso que me voy encontrando una caja llena de cartas… así, medio escondida entre unas carpetas. Resultó ser de mi papá; se le olvidó llevársela hace años, cuando se fue de la casa.

—¿Y qué había? –le dije, ya por completo metida en el tema. Laura se me quedó viendo, otra vez entre furiosa y triste.

—Cartas. Cartas que se enviaba con su amante…

Me quedé petrificada al darme cuenta dónde terminaría el asunto.

—Sí, como lo oyes. Su amante era la tal Josefina, la misma que tantas veces fue a la casa, no a explicarme Economía sino a regodearse del secreto que la hacía sentirse superior, según ella.

Cuando terminó de platicar, Laura se había calmado un poco. Al final de aquel semestre su papá se había separado de la familia y se fue a Ciudad Juárez, donde vive con una fulana. A la vez Josefina, la señora del salón, no se inscribió este año. Solo hasta hoy Laura vino a saber que fue la intrusa.

Carretera de cuota

Cuando regresaban Jazmín y su novio de pasar unos días de vacaciones, llovía a cántaros y esperaban el cambio del semáforo para tomar la carretera. Platicaban sobre lo bien que lo habían pasado y que había valido la pena gastar hasta el último centavo. Jazmín vio el señalamiento de tránsito: Chihuahua Cuota derecho. Se acordó de que no traían dinero y se lo dijo:

—No podemos irnos por la carretera de cuota.

—Sí podemos –respondió muy seguro–, más adelante se hace una sola y sí hay forma.

Jazmín no entendió bien a bien el comentario de su novio pero no quiso preguntar, a él no le gustan las preguntas, le dan cierto temor. Además, ella le tenía plena confianza. El "siga" se puso e iniciaron el viaje de regreso.

Apenas habían avanzado unos cuántos kilómetros cuando él comentó:

—Tenemos un problema, no sé si en la caseta acepten tarjeta.

—¡Pero si te lo advertí hace un momento en el semáforo!

—Entendí que me decías que no había pasada hacia donde el letrero decía, ¡carajo!

En el primer retorno que encontró se dio la vuelta.

Ella intentó decirle:

—Por aquí hay una desviación que…

Pero fue interrumpida con brusquedad:

—Cómo vamos a estar buscando una desviación en este momento.

Jazmín terminó la frase en su mente: "…nos lleva a la 'libre' pero hay que pasar primero por los pueblitos".

Eso fue lo último que el novio dijo. Regresó a Cuauhtémoc, fue a un cajero automático que encontró en Walmart y emprendió de nuevo el regreso, pero eso sí, en modo *mute*. Jazmín intentó suavizar la situación iniciando varias veces una plática que acabó en un monólogo interior: ¿Qué fue lo que sucedió?, ¿qué había ella hecho o dicho para qué él se enojara tanto?, ¿valía la pena tolerar tantas escenas iguales? Llegaron a casa de Jazmín y así, callados, bajaron las cosas. Él rompió el silencio solo para decir:

—¿No te falta nada?

—No.

Apenas le respondió. Le dolía la actitud de su novio.

—Nos vemos después –exclamó seco. Le rozó la mejilla con un beso y se encaminó al carro.

—Quieres decirme, por fin, ¿qué es lo que te pasa? –Preguntó ella.

—Ya te dije que estoy cansado y me quiero ir, ¿sí?

Se subió al coche y se fue dejándola en la banqueta. Jazmín vio cómo el auto se alejaba y por primera vez sintió alivio. Al día siguiente, todo sería diferente. Se lo juró a sí misma.

Fragilidad de los dinosaurios

En el aniversario de la empresa, las historias se ponen al día. En una de las mesas más animadas, la contadora les comenta a sus más cercanas colaboradoras: "Oigan, el Gerente de la Línea Dos llegó solo. ¿Pues qué no andaba de novio con aquella chica medio *hippie* que lo acompañó a la boda de Luisito?". Su asistente se apresuró a contestarle: "Ya terminaron. El pobre tardó veinte años en conseguirla y solo dos meses en perderla". Lucy, la Supervisora de la Dos, la conoce y le platicó muy triste todo el asunto.

Resulta que ellos ya habían sido novios en unas vacaciones de verano; pero muy pronto ella se fue a estudiar su Maestría a la Universidad Veracruzana y luego él se casó. La verdad en aquel entonces no se hallaron muy bien; él es muy rígido y ella era una Maestra de Literatura: agua y aceite. A pesar de eso, algunos años después, recién divorciado, él hizo otro intento con ella, pero tampoco funcionó. Hasta hace poco, en que por fin consiguió que fuera su pareja, usó la tradicional pregunta de… ¿quieres ser mi novia? Y todo lo que conlleva. El tipo andaba feliz y hasta le hizo toda la lucha de ser más *open mind* con el carácter de ella; su feminismo y eso.

Pero genio y figura hasta la sepultura; cada vez más seguido le ganaba el mal humor y le brotaban por los poros las ideas estúpidas, las frases de antes que ahora ya nadie se atreve a decir pero en las que muchos siguen creyendo: *"Mujer: mentira es tu nombre"*. *"Vende caro tu amor aventurera"*. *"Mujer de ideas cortas y cabello largo"*. *"Vas con mujeres, lleva el látigo"*. En fin...

Ella lo quería bien, se enamoró y se volvió muy tierna y hasta más femenina. Pero él nunca se convenció de que lo

amara, a pesar de haber leído ella tantos libros y viajado por el mundo. Le fue llenando el hígado de piedritas, le quería imponer su voluntad hasta en la forma de vestir; le criticaba los amigos, vigilaba sus horarios. Para las pulgas de aquella, un día la halló de mal humor y provocó que sucediera lo que la mujer ya venía pensando: lo mandó a volar con toda calma pero con dureza, para que no le cupiera la menor duda.

Cada uno su verdad irrenunciable

Junto con el café, Jazmín saborea su nostalgia. Hoy es cumpleaños de Frank y al mismo tiempo hace dos meses que se han convertido en extraños.

Se echan de menos desde la soledad de su trinchera, defendida a costa de todo. Hasta del amor.

Ella dice: "Te quiero conmigo en libertad".
Él: "Te quiero y eres mía".

Ambas, verdades absolutas.
Mientras esperan orgullosos de su voluntad inquebrantable, a su alma gemela, el amor –escaso hoy más que nunca– se les escapa. *(21 de noviembre de 2014)*

Segunda parte

Otras regiones

Colección

Flores que de pronto vuelan y en su vuelo toda la armonía de los colores flota; luego alguien las atrapa, las clava una por una con alfileres para coleccionarlas en pequeñas cajas. Ataúdes abiertos a la luz y a la contemplación de quienes en el museo las miramos muertas, bellísimas; cementerio lleno de flores que antes fueron mariposas.

Madrugada

En la madrugada la oscuridad es más densa y el silencio parece lleno de amenazas para quien viaja en el tren del insomnio. Aquel día Ernesto se levantó a las 4:30 de la mañana; alistó su ropa, se lavó los dientes, se bañó con cuidado procurando respirar sin angustia y concentrarse en sus pensamientos. Vivía solo. Su mujer y sus hijos se habían ido tres meses antes, cuando ya no pudieron soportar los ruidos de la noche, los días de incertidumbre y el rencor de una pareja en ruinas.

Salió de prisa y caminó rumbo al centro de la ciudad; las primeras luces del alba pintaban de rosa y violeta el horizonte de los cerros cercanos y las escasas nubes; la belleza de aquel cielo y la frescura del aire consolaban un poco su talante atribulado. Como era domingo, podría visitar a sus hijos y tal vez hasta ver a su esposa y hablar con ella unos minutos. ¿Para qué? No lo sabía ni tenía resuelto nada que pudieran tratar, pero tenía ganas de escucharla, de encontrar en el vacío alguna esperanza para ellos; quizá escuchar algún tono afectuoso. Tal vez él mismo conseguiría decir algunas palabras cariñosas que no sonaran ridículas o inoportunas o que de plano parecieran mentirosas y fueran a despertar la indignación y la furia. Había pocas probabilidades de que esto sucediera porque cuando él llegaba, como cada domingo, la mujer casi nunca estaba en la casa de Ciudad Juárez a donde se habían ido a vivir. Solo dos veces la vio; ella siempre en silencio, sin dirigirle nada más que un indiferente saludo.

Luego de una hora de caminar, llegó al mercado: la luz de la mañana no lograba iluminar sus recuerdos sombríos ni calmar del todo la ansiedad de su ánimo. Compró dos piezas de pan, un poco de queso y una coca-cola; desayunó senta-

do en la banqueta, frente a la calle, por donde a esas horas tempranas circula poca gente. En ese momento logró por fin sentirse en calma, reconfortado de la fatiga de la caminata. Revisó su maletín donde guardaba algunos regalos que había comprado el día anterior para sus hijos y para su mujer. ¿O tal vez debería decir, para la que fue su mujer? Esta idea era perturbadora, sobre ese asunto no lograba tener claridad por más que se enredara en sus pensamientos.

Cuando los camiones urbanos empezaron a circular, tomó uno para ir a la Central Camionera; al llegar compró un boleto para Ciudad Juárez y abordó un autobús que estaba a punto de salir.

Se le humedecieron los ojos cuando sintió, en forma casi física, la atmósfera de soledad que lo envolvía: para sus hijos él era un visitante cada vez más lejano; esa tarde se despediría de ellos como cada semana, tratando de mostrar una serenidad que disfrazara la tristeza; para su mujer era un extraño y para sí mismo, era un enemigo vencido por la desilusión.

La enredadera

Cuando una madre se va, crece el número de los vagabundos. Algunos de los hijos procuran recuperar el ritmo de su vida alterada por el dolor más oscuro; el vértigo del vacío late en sus venas, y relámpagos de recuerdos se convierten en lluvia que cae sobre una vasta zona de tristeza. Una sombra marca para siempre los cuerpos, porque el tiempo cayó sobre ellos como una tormenta y los hizo envejecer varios años en una sola noche. Al amanecer, ellos siguen caminando por las calles de la ciudad, ocupados en asuntos cotidianos, pero ya no tienen a dónde regresar cuando cae la tarde. Ni un solo día del resto de sus días podrán visitar a su madre y solo en la memoria, pálido espejo, será posible escuchar sus palabras y mirar su sonrisa.

Meses antes de morir, Carmen pensó en cómo despedirse de sus seis hijos, pues a pesar de que la mayor tenía ya más de treinta años, y de que todos tenían ya su propia familia, sabía que ellos eran muy dependientes de su amor. Entonces propuso a todos que realizaran junto con ella un viaje hacia el mar, a donde irían los hijos, las nueras, los yernos y todos los nietos: la familia entera.

En aquel tiempo ella gozaba relativamente de buena salud, excepto por algunos padecimientos de anemia que de vez en cuando la mandaban al hospital por dos o tres días. A sus 72 años se mantenía ágil y flexible, hacía ejercicio y realizaba con diligencia las tareas de su casa. Así que se sentía con ánimos al saber que la mayoría de sus hijos habían aceptado su propuesta. Ya habían decidido la fecha y preparaban todos los detalles del viaje, tratando de conciliar los tiempos y los acuerdos y desacuerdos que fueron surgiendo.

Pero un día terrible, ella murió. La luz amorosa de su mirada, la alegría de sus cantos y sus palabras llenas de sabiduría tranquila, se apagaron de pronto.

Cinco meses después, inconsolables, los hijos de aquella mujer fueron a Mazatlán con sus familias. El mar era quizá la única imagen que podría reflejar el amor tan grande de aquella mujer que de esa forma se despedía en silencio.

Aunque en los rostros de los seis hermanos se podía notar la marca eterna de aquel dolor, el viaje fue alegre. Los nietos, algunos ya jovencitos y otros todavía niños, hicieron un ambiente ligero y lleno de frescura. La melancolía en que habían vivido en aquel tiempo, se alivió un poco en la convivencia. Se hospedaron en el mismo hotel, en habitaciones vecinas; comían reunidos en los restaurantes cercanos; paseaban juntos a todos lados, como una tribu ruidosa y al atardecer, los grandes se reunían a platicar muy tranquilos, tomando cerveza mientras los jóvenes se alistaban para dar algún paseo. Era la primera vez que viajaban todos juntos y algunos de los niños conocieron el mar en esos días. Todo salió bien.

Sin embargo, aquellos seis hermanos no podían dejar de sentir ni de pensar que una parte de su vida se había perdido. Saber que esto es parte de un destino natural, no sirve de consuelo. Cuando una madre se va, crece la soledad.

El grado cero del tiempo

Después de la destrucción nuclear, los relojes electrónicos siguieron marcando las horas de un tiempo que ya no existe.

El cuadro

Había salido de vacaciones por la temporada de navidad, y el primer día me levanté temprano como siempre, para disfrutar mi libertad. En lugar de asistir a la oficina donde trabajo todo el año, me complacía caminar por las calles del centro, sin horario, y entrar a la cafetería Degá, donde seguramente a estas horas estaría el señor Santiago Nora, con su café negro y sus habituales cigarros Delicados, leyendo con atención las páginas del anuncio clasificado en el periódico del día.

Santiago se levantaba todos los días a las seis de la mañana. Se bañaba a jicarazos en medio del cuarto único de su modesta vivienda. Nadie hubiera creído que Santiago Nora hace apenas diez años era un hombre rico, cuya zapatería en la calle Libertad había sido una de las más exclusivas de la ciudad. ¿Por qué había quedado en la ruina? Nunca se lo había preguntado, a pesar de que nuestra reciente amistad había alcanzado un buen margen de confianza. Pero la discreción es una de las prendas más delicadas del trato mutuo, y mi amistad con Santiago se reducía a los típicos comentarios de café, de noticias recientes, de pequeñas dosis de veneno en los comentarios acerca de los mutuos conocidos.

Esa mañana yo tenía una anécdota curiosa qué contarle. Nunca imaginé que mi pequeña historia desataría en mi amigo un río de sentimientos confusos y dolorosos para él y que me haría penetrar de lleno en la intimidad de su memoria.

La tarde anterior yo había asistido a la Galería del banco HBC, donde se inauguró una exposición de pintura de un extraño grupo de artistas. En el Hospital Neurosiquiátrico hay

una maestra que inició hace algunos años un programa que ha tenido éxito: formó un grupo de pacientes a quienes les enseñó técnicas de pintura y desde hace dos años convenció a algunos promotores culturales para que exhibieran las obras del taller. Según contó el locutor que hizo la presentación formal del acto, algunos de los artistas vivían en profundo estado de demencia; jamás hablaban con nadie y estaban confinados en pequeños cuartos en los que solo se asomaban desde ventanas con rejas para tener contacto con la luz del sol en muy escasas ocasiones. Sin embargo el estudio de pintura había hallado el milagro de estas manifestaciones de violentos colores y de figuras alteradas que ahora se exhibían en la Galería de Arte, y aún se ofrecían a la venta, por si alguien deseaba adquirirlos.

Me había sorprendido la arrebatada expresividad de algunos cuadros, el manejo extraño de los colores primarios, y las extrañas y violentas figuras humanas, algunas verdaderamente monstruosas y de extraña belleza; otras de un equilibrio y una claridad poco creíble en personas que, según informaron, eran todos enfermos graves, depresivos profundos o violentos exdrogadictos, cuya rehabilitación sería penosa, larga y de muy escasas probabilidades. Me llamó la atención un grupo de obras cuyo autor, según la ficha de registro, tenía el mismo nombre de mi amigo: Santiago Nora.

Mientras tomábamos café tranquilamente, le conté todo esto a Santiago. Pero cuando le dije lo de la curiosa coincidencia del homónimo, el hombre quedó notoriamente sorprendido.

"No puede ser". "No puede ser", exclamaba con cierta exageración. Y terminó diciéndome: "Estoy casi seguro que el pintor de esos cuadros es mi hijo". Entonces me contó, con tristeza profunda y resignada, la siguiente historia:

"Hace diez años yo estaba casado y era un hombre próspero. Trabajaba duro y cuidaba mucho mi dinero. Mi esposa y yo duramos siete años sin tener hijos, hasta que nació nuestro único niño, Santiago. Mi mujer fue muy feliz con su hijo, lo consentía muchísimo y le entregó todo su tiempo y todo su amor como lo hacen casi todas las mujeres. A mí la verdad el nacimiento de mi hijo no me cambió demasiado mis costumbres ni mi ritmo de trabajo. Salía temprano y llegaba muy noche todos los días. Incluso los domingos abría medio día la tienda y siempre quise atenderla personalmente; tú sabes que *Al ojo del amo engorda el caballo*. No hay de otra.

Los domingos en la tarde estaba yo tan cansado que en muy escasas ocasiones salía a pasear con mi familia. Para mi comodidad, mi esposa estaba muy apegada a la casa de sus padres, y allá se iba con todo y niño casi siempre. Me dejaba en paz. Yo miraba televisión o leía alguna novela ligera, o de plano me quedaba dormido muy temprano. O salía con los amigos al café o a alguna cantina, pero solo muy pocas horas. Más bien era yo muy casero y solitario. Mi único verdadero vicio fue siempre el trabajo. Además en la tienda me iba muy bien, mi fortuna fue creciendo naturalmente y eso me daba una sensación maravillosa, una seguridad vital que me colmaba. En mi fuero interno siempre creí que esa era la forma que me correspondía para cumplir con mi familia, con mi hijo: forjarles un patrimonio sólido, construirles yo solo un futuro de abundancia. En mi casa no faltaba nada.

Mi hijo fue un excelente alumno en la primaria, nunca me dio lata. Mi mujer siempre estuvo atenta a sus tareas, a sus calificaciones, y yo me concretaba a firmar las boletas y a pagar a tiempo las colegiaturas. En la secundaria todo siguió marchando sobre ruedas; hasta le hacían comentarios a Sara, mi mujer, de que nuestro hijo era de los más inteligentes:

deportista, amiguero, diligente. Un verdadero modelo de hijo.

Así pasó también el primer año de preparatoria, aunque no dejé de notar que sus calificaciones empezaron a ser bajas y el reporte de faltas empezó a acumularse. Su madre me comentaba con cierto tono de preocupación que el muchacho se había vuelto muy indiferente con ella, violento en sus respuestas, grosero y maleducado. Su cuarto era una desastre.

Empezó a llegar tarde, a desvelarse, a asistir todos los viernes y muchos sábados a fiestas; a salir con un grupo de amigos, compañeros suyos de la escuela.

Yo no permití que esto me perturbara demasiado. Los asuntos de la educación de los hijos son cosa de mujeres, pensé siempre. También pensaba que mis negocios eran demasiado importantes y pesados; tanto, que requerían de toda mi energía y de mi tiempo: impuestos, proveedores, movimientos financieros, problemas laborales, llenaban mis días de tensiones y conceptos de constante urgencia.

Así pasaban los años como agua; las navidades eran mi temporada fuerte de venta, las vacaciones eran un concepto que para mí no existió nunca. Yo no tenía días libres ni tardes de asueto. También era yo un extraño para mi hijo y casi también para mi mujer, quien ya se había acostumbrado a esta forma de vida nuestra que para nosotros siempre fue la normal.

Pero la conducta de mi hijo, que para entonces tenía 17 años, empezó a radicalizarse en forma alarmante. Yo nunca le di dinero en grandes cantidades. Hubiera podido, por ejemplo, regalarle un automóvil nuevecito pero nunca lo hice. No era tacañería, creo yo, sino que era mi forma de ver la vida: Que no tuviera tan fácilmente las cosas, que se ganara sus propios bienes.

Mi hijo en ese entonces tampoco era exigente. A pesar de nuestra riqueza, él estaba educado con austeridad. Nunca le faltó buena comida y buena ropa; las mejores escuelas y las modestas vacaciones al mar con su familia materna. Yo nunca los acompañé en esos viajes, siempre estuve ocupado. Y, como te dije, cuidaba mucho mi dinero, nunca he gastado de más.

No me quise dar por enterado de que la angustia de mi mujer iba creciendo, ni de que me había ocultado muchas cosas, según ella para proteger a nuestro hijo de mis castigos, de la posible ira que yo hubiera desatado. Nunca supe que ella, no sé cómo, empezó a darle dinero en cantidades fuertes, que no sé de dónde conseguía la pobre; de su familia, seguramente, o hasta de las cantidades moderadas que yo asignaba al gasto de la casa.

Tampoco supe que abandonó la escuela, y ni ella misma lo supo sino hasta meses después. Que llegaba ebrio o quizá drogado tres noches cada semana. Que una mañana había amanecido en la Cárcel Municipal porque fue arrestado junto con un grupo de vagos cuando habían intentado asaltar una gasolinera. Yo no me enteré, pues para la buena suerte de mi hijo, yo andaba en un viaje de negocios, visitando a unos proveedores en la Ciudad de México.

Nunca supe cuántas noches de terror, de ansiedad, mi mujer pasó esperando al jovencito, mientras yo dormía totalmente cansado por las largas jornadas de mi trabajo. El caso es que cuando menos lo pensé, nuestro hijo ya estaba encarrerado en el tren de una vida viciosa, al filo de la delincuencia. Y es que a Santiago el consumo de las drogas le afectó en forma violenta. No solo eran sus costumbres las que cambiaban sino su misma forma de ser; su alma, su espíritu, su joven corazón se vieron alterados. Tú sabes que el alcohol, la mariguana,

la cocaína, son procesos que alteran la química del cerebro, de los nervios. Y no todas las personas responden igual. Hay gente que bien puede pasarse la vida entera consumiendo dosis constantes de alguna droga o licor, y mantener una vida digamos normal. Pero él no era el caso. En Santiago las lesiones que causan las drogas le afectaron rápidamente. Se volvió violento, despreciaba a su propia madre; me contaron que una vez hasta llegó a golpearla; a ella que era la persona que lo amaba sin ninguna reserva y sin condición.

Le exigía dinero cada vez en mayores cantidades. Alternaba sus días de parranda con otros de profunda indiferencia, de melancolía, tirado en la cama mirando al techo, triste como si fuera un anciano o un ser privado de toda voluntad.

Demasiado tarde –creo–, Sara me informó al fin con lujo de detalles y en medio de un mar de lágrimas la condición de nuestro hijo. Yo hablé con él, muy preocupado. O más bien intenté hablar con él porque no quería escucharme; respondía con profundo fastidio y se burlaba de mis temores. Me dijo que no pasaba nada. Que no me metiera en su vida. Que lo dejara en paz. En todos los tonos del coraje y de la impaciencia quise hablarle, regañarlo; le gritaba y llegué a insultarlo. Él se salía de la casa corriendo para no escuchar nada de lo que yo dijera. Yo no sabía cómo hablarle ni qué decirle. Lo perseguía hasta la calle pero se iba y no regresaba hasta la media noche. Y una vez no regresó.

Pasaron muchos meses en los que yo lo busqué por todos los medios. Sara estaba a punto de volverse loca de desesperación. Yo recorrí todas las oficinas de la policía, los hospitales, las delegaciones de Tránsito de todo el estado buscando a mi hijo. Él se había llevado una gran cantidad de dinero que robó de mi tienda. Ya ni eso me importaba, lo que quería era encontrarlo antes de que su madre se muriera de dolor e incertidumbre.

Un día, el más negro de mi vida, leí en los periódicos que mi hijo, totalmente drogado y poseído de una furia infinita, había matado a un hombre.

La policía se lo llevó a golpes de una cantinucha de la calle Doblado. Meses después lo encerraron en el Hospital Neuropsiquiátrico, donde ya ha vivido tres años en estado de profundas sombras. No ha dicho una sola palabra durante todo ese tiempo. Recibe nuestras visitas en silencio y no nos mira; quizá ni siquiera nos conoce. Hace mucho dejé de visitarlo.

El molino del insomnio

Esteban abrió los ojos en medio de la oscuridad de su cuarto. Sobre la barda que se veía desde la ventana caminaba un sigiloso gato. En ese momento, un témpano de libros se hizo pedazos en el umbral de su cerebro dañado; libros que había leído en otros tiempos. Los retazos de texto se confundían con los sonidos de la madrugada, con los susurros amenazantes de su memoria, con relámpagos lejanos.

Entonces se alzó desde el centro de la habitación la figura de un viejo encorvado y tembloroso, de cuya silueta desbordaba una luz anaranjada intensa. Esteban se quedó paralizado, su corazón apenas resistía esa presencia alucinante donde se dibujaron rabiosas todas sus culpas, aún las más secretas.

Afuera se escuchaba ensordecedor el avance de un ejército que se desplazaba por la tierra y por el aire, con aviones y tanques arrojando ciegamente una lluvia de ácidos que destruía todo a su paso: casas, calles, animales y todas las criaturas.

Esteban quería saltar de la cama pero sabía que al tocar el suelo quedaría disuelto en un lago de lumbre. La figura del viejo bailaba en el techo y desaparecía a ratos, al igual que los sonidos de afuera que, de pronto, eran los ruidos cotidianos de todas las mañanas: el camión de la basura, motores de carros que calentaban el aceite, el grito deforme del vendedor de periódicos, el aullido de una sirena de emergencia que se acerca, los perros del barrio que ladran de frío...

Las presencias de la cotidianidad en medio del delirio no eran consoladoras; al contrario, esa mezcla hacía más atormentado y doloroso aquel insomnio en el fulgor del alba.

El avance del sol sobre la noche acabó por destrozar los pocos resortes lúcidos de Esteban que, ya convulsionado por la demencia, salió desnudo a la calle, perseguido por dos camilleros que habían llegado en una ambulancia para llevárselo al fin del mundo.

Libertad

El hombre estaba sentado sobre un sucio camastro, único mueble del pequeño cuarto; el olor de la sofocada habitación era intenso, desagradable, y todo parecía oscuro a pesar de que sus cuatro paredes estaban pintadas de blanco y el sol llegaba desde una ventana con rejas. Habían pasado quince días desde que lo llevaron a ese hospital, donde el hombre permaneció recluido, contra su voluntad, en aquella habitación miserable. "Yo no estoy loco, ¡no me dejen aquí!", había suplicado cuando ya no pudo impedir, con todas sus fuerzas, que lo metieran a la ambulancia entre cuatro camilleros. Nos dijeron que al principio protestaba a gritos por su cautiverio y se quejaba, exagerando los golpes que le habían dado al llevarlo. Pero luego fue entrando en esa tristeza cada vez más profunda, donde su voluntad fue doblegándose y su angustia se transformó poco a poco en una ansiedad casi inmóvil. Así fue como lo vimos la primera vez.

Cuando entramos, nos miró con indiferencia, sin reconocernos, con las quijadas casi trabadas por los efectos de tantos medicamentos que le habían aplicado en inyecciones y pastillas tragadas a la fuerza. Con su voz pastosa por la rigidez de la lengua y de los músculos de la cara, nos preguntó con dificultad:

—¿Ya me puedo ir de aquí?, ¿ya me van a dejar salir?

—Primero tiene que terminar su tratamiento. Está usted enfermo, tiene qué recuperarse.

—Yo no estoy enfermo. No necesito medicinas. Tengo que irme. ¿Quiénes son ustedes?

—Somos sus vecinos. Yo soy David, el que vive enfrente de su casa.

—Y yo soy Antonio, el del taller mecánico. Le trajimos algo de comer.

Sus ojos enrojecidos se avivaron por primera vez; con manos temblorosas recibió la coca-cola y la torta, y comió con prisa, con avidez, con un apetito penoso como de animal hambriento. Sin embargo, no dejaba de insistir:

—Tengo que salir. Estoy aquí contra mi voluntad. Esto no es legal.

Habíamos traído cinco tortas, dos refrescos y un pedazo de pastel, y todo lo devoró con una fruición apasionada que no disminuía ni con la cantidad anormal de comida que iba consumiendo.

—Les agradezco mucho que me hayan traído esto. Aquí nunca se llena uno, nos dan muy poquito y además la comida es asquerosa. Mucho más les voy a agradecer si me ayudan a salir de aquí. No se imaginan ustedes lo que es este lugar. Aquí uno vive en peligro las 24 horas del día. Hay asesinos, drogadictos, y gente que verdaderamente está loca. No como yo. Yo no estoy loco. Yo no tengo por qué estar encerrado. Díganselo a los doctores. A las enfermeras. A los vigilantes. Que me dejen salir. Yo no estoy loco. Estuve un poco nervioso en días pasados, pero ya me tranquilicé. Ya me quiero ir. Necesito salir. Ya no puedo aguantar un día más. En las noches se oyen gritos. Mujeres que lloran. Se sienten golpes. A mí me han golpeado tres veces los otros locos. Y también los celadores. Yo no tengo por qué estar aquí.

La ansiedad del hombre iba creciendo, pero no dejaba de comer y de expresar con gestos casi grotescos el confuso placer de masticar y de tragar los alimentos. Sacó una torta y luego otra, y nos ofreció, invitándonos a comer junto con él. Se mostró muy complacido de que lo acompañáramos. El rito

de compartir el alimento, le dio confianza. Pero no hablaba de otra cosa que de su terca exigencia.

—No está eso en nuestras manos, vecino. Solamente el doctor podrá decidir cuándo lo da de alta. Tenga paciencia. Piense que todo esto es por su bien, para que recupere su salud.

—Cuál salud voy a recuperar en esta sala de torturas. Usted ni se imagina lo que sucede en este hospital. Además yo no estoy enfermo. Y si estuviera, tenga la seguridad de que en este lugar nadie se cura.

Una mujer de gesto agrio, vestida con una bata blanca de lona percudida, nos indicó que la hora de visita había terminado. La angustia de nuestro vecino se transformó en terror.

—No se vayan. No me dejen aquí, por favor.

Le prometimos que vendríamos a visitarlo cada semana. Que le traeríamos fruta y pasteles. Pero nada podía calmarlo. Dos celadores tuvieron que sujetarlo para que pudiéramos salir, porque en cuanto abrían la reja del cuarto, se impulsaba con fuerza para irse con nosotros. Sus escasas fuerzas, disminuidas por el efecto fuerte de los medicamentos de quince días, se concentraban en lo único que parecía importarle en la vida: su desequilibrada libertad.

Una señora en el casino

Al caer la tarde, una mujer llamada Sophie Maldonado pisa la nieve al encaminarse al casino apache donde matará durante cinco horas la soledad en las maquinitas. Tiene 72 años, vive sola. El dinero de la pensión alcanza para jugarse unos dólares cuatro días de la semana.

Al entrar, un pajuelazo de adrenalina estremece su cansado cerebro: la agitación de la gente que circula entre las máquinas "tragamonedas" con sus luces y sus burbujas sonoras, conecta a la guapa anciana en una sensación de pertenencia: "Yo soy de aquí, soy la jugadora".

Sus tres hijos radican en ciudades lejanas y distintas, casi no la frecuentan. Tiene también siete nietos, aunque solo conoce a tres de ellos. Hace un mes pasó la navidad sola en su enorme casa, cenó un sándwich y se acostó temprano.

Cuando juega, en cambio, no necesita más compañía que su concentrada atención; tiene su sistema, a veces ha ganado pequeñas fortunas y el latido del tiempo está en su corazón, en las luces del aparato, en los tonos planetarios que se oyen y en las dos copas de coñac que toma mientras apuesta un puñado de fichas metálicas que parecen monedas de plata.

A veces piensa en sus hijos, en el tiempo cuando fueron niños y dependían en todo de sus cuidados y su cariño. Se le humedecen un poco los ojos y entonces, para distraerse, deja la máquina y da un paseo por los pasillos del laberinto dinámico del casino. Mira discreta a los señores que le parecen guapos: vaqueros con botas azules en piel de armadillo y tejana fina. Jóvenes gallardos de pelo muy largo y pantalones de piel de ternera en cuyo centro se mira el contorno de su virilidad enérgica. Caballeros vestidos de esmoquin que al pasar dejan

un rastro de loción ensoñadora. Indios con trenzas que parecen narrados por el escritor Marcial Lafuente Estefanía en alguna de las 5 mil 700 novelas de aventuras que escribió.

Media hora más tarde, Sophie regresa a su máquina de juego. ¿Para qué irse más temprano o más tarde? Ella sabe que la única compañía que le espera son los rostros, las voces y las figuras que resplandecen en las pantallas de las cinco televisiones de su casa.

Emilia

Cuando tenía diecinueve años, Esteban trabajaba en la oficina de una ferretería. Todas las tardes, a las seis, una mujer le hablaba por teléfono, con fingida sensualidad:

—Hola, soy yo.

—¿Magdalena?

—Claro, ¿pues qué te hablan muchas?

—Nada más tú me hablas, y ni siquiera te conozco. Solo tu voz.

Hacía un mes había recibido la primera llamada. Era una broma, casi una burla infantil. Ella jugaba a ser misteriosa, él se dejaba vencer por la curiosidad y por el sonido de aquella voz hermosa. Desde el principio ella dijo: "Te conozco, sé todo sobre ti". Usaba expresiones de novela con toda naturalidad.

—Mañana por fin podrás conocerme. Te espero en la plaza Capoulade a las siete de la tarde. Iré vestida con una blusa rosa y tengo el pelo largo.

Sus compañeros de trabajo se reían de aquella cita a ciegas, pero como Esteban era el más joven del grupo, lo trataban con benevolencia. Alfredo, el gerente, le prestó un Volkswagen para que llevara a pasear a la desconocida.

Esteban no se hacía muchas expectativas, pero no quiso dejar de resolver aquella pequeña intriga.

Estacionó el carro a un costado de la plaza y al bajar su mirada registró de inmediato a la mujer: una muchacha alta, como de dieciocho años, de pelo castaño ligeramente rizado y largo hasta la nítida cintura, estaba de espaldas, curvilínea; sus nalgas se dibujaban con gracia en el pantalón de mezclilla. La blusa rosa le daba un cierto aspecto de inocencia, los brazos

eran firmes, también los senos ceñidos bajo la tela, y las manos delgadas y largas. Mientras se acercaba con paso lento, los ojos de Esteban se iban colmando de la belleza prodigiosa.

—¿Tú eres Magdalena?

—Yo soy. Sígueme. Vamos a dar un paseo.

Caminaron juntos alrededor de la plaza, pero ella le hablaba de lado. Se cubría la cara con el pelo, que caía libre. Esteban podía respirar un perfume de jazmín pero solo pudo ver un instante los grandes ojos, la boca delicada, la frente amplia, la nariz primorosa, la piel lozana y resplandeciente.

—¿Por qué no me dejas verte la cara, Magdalena?

—Otro día podrás mirarme. Hoy no.

Tampoco quiso pasear en el carro ni que la llevara a su casa. Se sentaron juntos media hora en una banca de la plaza, luego se despidió y le indicó que no la fuera a seguir. Se fue caminando y él la siguió con la mirada. La elegancia de su cuerpo al moverse era tan natural como el aire.

Tanto misterio era ya mucha payasada, pensaba Esteban.

—Ya ni le contestes las llamadas a esa tipa –le aconsejaron sus amigos de la oficina–. Ni siquiera te dejó que la tocaras. No te conviene, Esteban. No pierdas tu tiempo. Viejas, sobran.

Pero Esteban no hizo caso. Ni a sus amigos ni al sentido común.

Ella siguió hablando a las seis de la tarde. En los acontecimientos del día, su voz era una promesa de felicidad.

Solo cuando ella lo decidió, Esteban pudo verla cinco veces más. Una tarde la besó en los labios, pero ella permaneció inmóvil, indiferente.

Nunca lo quiso, pero él se enamoró como un perdido.

En aquel juego cruel y absurdo, ni siquiera había dicho su nombre verdadero. Se llamaba Emilia, era hermana de la

esposa del cobrador de la ferretería; así había conseguido el teléfono y el nombre de su víctima. Tal vez en un principio ella había pensado tener un novio, pero al conocer a Esteban, algo le resultó desagradable y se dedicó a humillarlo. Un día le pidió que la llevara a Aldama, un pueblo cercano. Esteban se alegró mucho pensando en el hermoso paseo juntos. En cuanto llegaron, ella se bajó del automóvil: "Aquí espérame". Regresó tres horas después, ya de noche. "Vámonos", dijo sin pedir disculpas. Sin dar explicaciones.

Esteban era extremadamente sensible y terco. Cuando supo la mentira de los nombres, consiguió el domicilio de la joven y le mandó un ramo de flores con una carta enferma de elogios y erizado amor: Querida Emilia. Querida Magdalena.

Aceptaba los dos nombres, las dos regiones de su amada: la realidad y la fantasía. Desde entonces ella no volvió a llamarle por teléfono.

Un domingo, muy temprano, Esteban fue al barrio donde ella vivía y permaneció de pie frente a su casa pero a una gran distancia desde lo alto de una pendiente. Allí estuvo de la mañana a la noche, sin importarle la necedad inútil y sin esperanza. Solo para verla. Ella salió recién bañada, con dos de sus hermanas. Traía un vestido blanco. Cuatro horas después regresó del paseo dominical y entró en su casa sin dirigir una mirada al grotesco vigilante, quien resistió firme la resolana y el ridículo todo el santo día.

Una noche la encontró en una fiesta donde también él era invitado. Lo trató como si no existiera, ni siquiera contestó el tímido saludo. Cerca andaba un fotógrafo; Esteban le pidió que la retratara sin que se diera cuenta. Cuando el fotógrafo la enfocó, ella comprendió todo y de inmediato se sentó en los brazos de un conocido suyo, para no aparecer sola en una fotografía que el mustio enamorado pudiera tener.

Esteban tenía conciencia clara de su derrota, pero no le importaba. Prefería el dolor vivo de amar a la mujer más hermosa del mundo, que acomodar su vida a la lógica del mundo. Su amigo Alfredo, el gerente, no lo podía creer; le parecía absurda aquella pasión sin destino.

Esteban se reconocía en las letras de las más necias canciones: *"Reloj, detén tu camino porque mi vida se acaba"*. *"Tuve una vez la ilusión de tener un amor que me hiciera valer"*. *"Llévame si quieres hasta el fondo del dolor"*. *"La noche es más fiel que oscura"*.

Veinte años después, Esteban la recuerda y se pregunta: ¿Dónde vivirá ella ahora?, ¿se habrá ido a otra ciudad?, ¿aún será tan hermosa?

Revelado en placa gris

Amalia mira atenta las fotos una por una. El fino caballero tomando suavemente la mano de la novia; que se vea el anillo. La semisonrisa dulce, la mirada seria del novio. Estos otros jovencitos frente a frente y el velo cayendo en cascada desde los hombros; los ojos tiernos del muchacho. Esa donde él muy formal, sentado de pierna cruzada, o aquella otra… ¡qué linda a colores! Boca cereza, ojos violeta, traje azul marino y azahares. Imágenes recogidas en el fondo de la cámara oscura de sus ensueños.

Querido Juan, aquí extrañándote mucho, esperando te encuentres bien; qué gusto que conociste a esas personas tan buenas. Pero no trabajes tanto, amor. Como quiera arreglaremos todo, no nos ha de faltar. Ayer fui al centro y anduve viendo fotos de novios, ¡con mucha ilusión al pensar en nuestra boda! Ya pronto termino mi vestido blanco, lucirá lindo. Cuídate mucho, vuelve pronto. Tuya siempre: Amalia

—Buenas tardes, señorita.
—Buenas… ¿En qué puedo servirle?

Pausa y luego:
—Oiga, ¿me puede decir por qué pusieron mi retrato en el aparador?
— Mientras no se pague el total de la foto, podemos ponerla donde mejor nos convenga. Que sirva siquiera de publicidad. Tan bien que nos quedó y mire...

—Pero es que...

—Nada de "peros", señor. Usted nos encargó un trabajo y se lo hicimos, solo nos dio el anticipo y no volvió a pararse por aquí. Mientras no liquide, la foto es nuestra y la usaremos para lo que sea.

Se casarían en diciembre. Él era aguador y había llegado al pueblo pocos meses antes con su carro de mulas, sus tambos, sus burros. Se ganó el aprecio de todos, tan simpático el tal Juanito.

Amalia lo quiso mucho. Muy cariñosa con él, tan sonriente ahora donde antes tan tímida. ¡Qué suerte del tal Juanito! Pero todos lo querían a pesar de ser fuereño; tan animoso, tan trabajador, tan dicharachero. ¡Y tan rápido se van a casar! Hasta se fue de bracero. Que ya tiene los muebles. Muchos dólares para la boda, la fiesta, las fotos.

—Pero es un retrato de boda, señorita. No me lo pueden tener así nomás, en exhibición.

—No señor. Es nuestro retrato de su boda.

—Déjeme siquiera darle un abonito y me quita del aparador, ¿quiere? Después de la amolada que me dieron… ¡Chihuahua! Por qué tenía ella que venir hasta acá y pasar precisamente por esta calle...

Sus amigas la habían acompañado hasta Chihuahua para comprar lo que faltaba del equipo nupcial y Amalia, como siempre lo hacía en Camargo, se entretuvo en las casas fotográficas a mirar estampas de novios. Horas enteras extasiada, imaginando, planeando cómo sería su propia foto ahora que iba a casarse, recordando el hermoso marco oval en la sala de su infancia: sus padres jóvenes en blanco y negro, tan amorosos, tan para siempre.

Se volvió loca en ese mismo momento y desde entonces pasaba por la avenida Ocampo, recordando cuando lo vieron asomar desde el aparador de un estudio fotográfico; desde una instantánea con su marco dorado (Amalia: un grito muerto, sollozos, las sienes ardiendo sin poder desviar la mirada herida), vieron al tal Juanito muy guapo, con su sonrisa linda de siempre, fotogénico y muy abrazado con una novia que no era ella, Amalia, que jamás sería.

Una señora y su hija en la tienda de ropa vaquera

Esteban Medina iba en su cotidiana marcha por la calle Libertad, único gimnasio que conoce su viejo caparazón nacido en los años cincuentas del siglo pasado, cuando miró a una mujer linda y curvilínea que caminaba por la acera de enfrente acompañada de una señora muy elegante, conocida de él. Ambas entraron a una tienda de botas y ropa vaquera, muy exclusiva y cara.

¿Qué andará haciendo en el centro de la ciudad Valentina Capoulade, con esa supermodelo cuarentona que la acompaña? Se preguntó Esteban, pues sabía que la señora muy pocas veces salía de su residencia, nada más que para ir a misa de doce los domingos al Templo de San Felipe. En el último lugar donde alguien pudiera hallarla, un comercio de moda *country*.

Como allí venden ropa Levi Strauss and Co., se dio a sí mismo ese pretexto para deducir los pormenores del pequeño misterio. Valentina se aburría en un sillón mientras la mujer más joven se medía unas botas vaqueras de edición especial. Aunque mujer de pocas palabras, andar de compras contra su costumbre la volvió un poco menos antisocial; hasta podría decirse que hubo un leve, muy leve indicio de que la alegraba un poco el saludo de un viejo compañero de la secundaria.

—Valentina, ¿qué milagro? Años sin verte.

—Pues mírame nomás, aquí de *shopping* con mi hija Carolina. ¿Sí te acuerdas de ella?

—Uy… pues la verdad no; tal vez la haya visto de niña alguna vez. ¿Es la mayor?

—Sí. Se anda divorciando y *'ai* me tienes: consecuentándola. Ya ves que ahora los matrimonios no duran; a mi nena le fue como en feria.

—Válgame, qué mala onda. Sufre uno cuando los hijos andan en dificultades.

—Pues sí. Oye: Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—¡Bien! *'Ai* la voy pasando. Tengo una pequeña empresa editorial y me va más o menos.

—¿Tuviste hijos?

—Sí, dos muchachos. Y como tú, también los consecuento lo más que puedo. O más bien cuando se dejan, porque ya ves que ahora los jóvenes se manejan muy indiferentes de uno.

—Tienes razón. Pero en cuanto les cala un poco más fuerte la vida, la buscan a una, ya ves. En parte me siento contenta de andarle comprando ropa como cuando era jovencita. Y es que el hombre con el que se casó la dejó en la ruina y le secuestró a los dos hijos, se los llevó a Estados Unidos, ¿tú crees? Hemos gastado un dineral en abogados para devolvérselos a *m'ija*. ¡Ha sufrido tanto! Vieras... Pero tú me conoces. Muy pronto voy a tener de regreso a mis nietos.

Cuando regresó la hija a consultarle algo de la ropa que había elegido, me despedí de mi amiga con un beso en la mejilla, como en aquellos tiempos clásicos de nuestro siglo XX.

Regalo de navidad

Cuando Esteban Medina cumplió cuarenta, uno de sus antiguos profesores, el cual ya estaba completamente jubilado de todos los sistemas y era misántropo militante, le aconsejó:

—Pues no sé si felicitarlo o compadecerlo, Esteban. La verdad, cuarenta años ya son muchos. Por lo pronto váyase preparando para el abandono.

—¿Por qué, maestro? –al señor le gustaban estas dos palabras, el tono de interrogación y la mirada atenta de su interlocutor, el que fuera. La exigía casi a gritos. Además citaba como suya la clásica frase de dominio popular: "El conocimiento surge de la duda, la enseñanza inicia con las preguntas".

—Mire usted: cuando uno está joven, todos lo estiman, medio mundo lo quiere cerca, mucha gente lo ama. A los jóvenes les perdonamos todo, hasta que sean casi estúpidos, no le hace, como lo es la mayoría de la gente. Siempre caen en gracia porque a los veinte todos estamos buenos; los jóvenes son hermosos, huelen bien; los movimientos de su cuerpo están llenos de gracia, aunque sean torpes y desgarbados.

—Bueno, maestro, pero hay gente vieja que luce elegante y hay señoras de sesenta que se ven espectaculares a pesar de la edad. ''*Ai* tiene usted a Sofía Loren, a Liza Minelly, a Sasha Montenegro.

—Ay Esteban… usted siempre con sus frivolidades. ¿Cuándo se le quitará lo pendejo? Bueno, más bien ya no se le quitó, ahora es un cuarentón definitivo. Óigame esto ya muy en serio, se lo digo por su bien. Prepárese para que ya no lo quieran. Para que a sus amigos empiece a caerles gordo; para que su mujer a veces ya no quiera ni verlo y menos acostarse

con usted; para que a sus dos hijos, que ahora son adolescentes, les parezca usted el peor de los perdedores y muy apenas le dirijan la palabra, y eso de mala gana.

—Pero el amor existe y trasciende, maestro. Usted seguramente ya leyó la nueva novela de García Márquez, la que le regalé en su cumpleaños. Habla del amor romántico de dos viejos que se la pasan enamoradísimos en un barco de ida y vuelta.

—Pero esas son puras novelerías, Medina. Patrañas. No sea ingenuo, el sexo después de los cuarenta ya solo es obscenidad, puras cochinadas de maniáticos viejos que se quedaron prendidos de una ilusión que nunca, óigamelo bien, nunca fue cierta. De seguro usted va que vuela para ser uno de ellos, ya lo veo. Es como Madame Bovary. Lee puras novelas románticas y se las toma como si fueran la vida.

—Pero maestro, a usted no le fue nada mal. Siempre ha sido guapo, incluso hasta hoy tiene la galanura de un hombre de su edad.

—Déjese de tonterías y escúcheme bien, le conviene; prepárese para estar solo, cada vez más.

Esta navidad, Esteban ha tenido que darle un poco la razón a su necio maestro: "Recibo muy escasos abrazos y ningún regalo". Bueno, el que se dio a sí mismo: un bello atril de cedro que había apartado desde septiembre en una tienda de artesanías del centro, ¡precioso!

Índice

Primera parte
Jazmín

Una niña limpiecita y ruda....11
La pasajera....13
Celestina....15
El futuro es muy natural....17
En el agua....18
Contigo ni a la leña....21
La imposibilidad de vivir en un cuento de Borges....24
La Cerve....27
La mirada de Jazmín....28
Sentir....33
El puente....35
Interruptus....36
El cine....39
Fayuca....40
El yoga....41
La Ruta 4....42
Incienso....43
Tu música en mí....45
Arqueología....46
En frío....49
Jazz....51
Señales....64
Seguir como ella es....65
Yoko....66
Blusas ajustadas....67
Los XV de Ofelia Nayelli....68

Papá se fue....72
Carretera de cuota....74
Fragilidad de los dinosaurios....76
Cada uno su verdad irrenunciable....78

Segunda parte
Otras regiones

Colección....81
Madrugada....82
La enredadera....84
El grado cero del tiempo....86
El cuadro....87
El molino del insomnio....94
Libertad....96
Una señora en el casino....99
Emilia....101
Revelado en placa gris....105
Una señora y su hija en la tienda de ropa vaquera....108
Regalo de navidad....110

Colección Solar

Serie: Premio Chihuahua

Ángel del desierto, Ilya Cazés
Átomos de rebeldía, Sonia Edith Bencomo
Blind Sugar, Édgar Trevizo
Detén mis trémulas manos, Mario Lugo
El arte rupestre en Chihuahua, Francisco Mendiola
El jardín del colibrí, José Luis Domínguez
Filosofía de la educación en Chihuahua, Ivonne Arroyo Picard
La democracia de los sentidos, Javier Contreras Orozco
La mujer que no fui, Rogelio Treviño
Larvario, Lucía Mendoza Cano
Los cuentos de la mujer perdida, Jaime Romero Robledo
Los días sin Bárbara, Roberto Ransom
Migración de indocumentados mexicanos a Estados Unidos: Consideraciones económicas, Héctor Olea Hernández
Mujer alabastrina, Víctor Bartoli
Teatro y maroma. Chihuahua siglos XVIII y XIX, Alma Montemayor
Vida en otra parte, Liliana Pedroza

Serie: Premio Testimonio

Encuentro con un medio desconocido, César Francisco Pacheco Loya
La casa de cartón, Luz María Montes de Oca
La ciudad imantada, vida de Milton Vidrio de Ernesto Lumbreras
La señal del burro, Luis Fernando Rodríguez Torres
Los nombres del Arcoiris**,** Braulio Peralta
México 2010 Diario de una Madre Mutilada, Ester Hernández Palacios
Notas desde la montaña, Guadalupe Guerrero
Tarahumara, una tierra herida*,* Carlos Mario Alvarado
Travesía. Crónicas Marineras, Mauricio Carrera

Serie: Poesía

A la sombra del gigante, Ana Carolina Apodaca Monge
Andar es cantar es..., Teresa Camou Guerrero
Arrecifes de sal, Martha Estela Torres Torres
Campos ignotos, Antología del Taller Literario Pablo Ochoa
Casas enteras temblando, Jim Bodeen
El arte de la circunstancia, Joaquín Lozano Chávez
El aire de las cosas, Alfredo Espinosa
Espejo de fuego, Lilly Blake
Eucaliptos en el viento, Aixa Hernández Vargas
Extinción de los atardeceres, Martín Camps
Hojas de magnolia, Martha Estela Torres Torre
Interno de guardia, Gustavo Padilla Barraza
Jardín de luna, Elko Omar Vázquez Erosa
Los dedos en la llama, José Luis Domínguez
Memoria de la piedra, Héctor Contreras López
Metafísica del ojo, Reneé Acosta Díaz
Para cantar después de la derrota, Gabriela Borunda
Paredes del insomnio, Susana Avitia Ponce de León y Alfonso Chávez Salcido
Puentes de Fuego, Rafael Jurado
Quinteto para un pretérito**,** José Luis Domínguez, Andrés Espinosa Becerra, Juan Marcelino Ruiz, Dolores Guadarrama y Raúl Manríquez
Romancero de Majalca, Abel Beltrán del Río y Enrique Amaya Neurdet
Santuarios desierto mar, Juan Armando Rojas
Tierra baja, José María Lugo
Zero borderland, Mauricio Rodríguez

Serie: Narrativa

Asuntos de vida o muerte, Marisol Chávez Cano
Contar la vida**,** Isauro Canales Martínez
Crónicas de naufragios**,** Alonso Mena
Cuentos para recuperar la cordura, Carmen Rodríguez Torija, Joel Horacio Orozco González y José Alberto Díaz Godínez
Declaración de guerra**,** Isauro Canales Martínez
Delincuentos. Historias del Narcotráfico, Arminé Arjona
Desierto sol, Martín Camps
Don Nabor, Mario Góngora Hernández
Dunas radiactivas, María del Rosario García Burrola

***Eclipse*,** Antonio Villegas Flores
El último canto de los lirios, Isauro Canales Martínez
Historias de humo y viento, Elko Omar Vázquez Erosa
***La casa movediza*,** Jorge de la Barrera
Luna Hiena, Ea Pozoblock
Más allá del Conchos, Concepción López Valles y Humberto Payán Franco
Mudanza de Jazmín, Arelí Chavira y Jesús Chávez Marín
Museo marino, Roberto Ransom
***Par / ten*,** César Silva Márquez y Édgar Rincón Luna
Pasión literaria, Martha Estela Torres Torres
Pescador, Eduardo Sáenz Casavantes
Poemática de la naturaleza, Eduardo Sáenz Casavantes
Poetry fashion boutique, Gabriela Borunda y Edgar Gorrochategui
Obra negra, Alfredo Espinosa
Raiyah-Nai (Bodhisattva), Miguel Alcaraz del Castillo
***Reflexiones sin remedio*,** Rodrigo Pérez Rembao y Javier Mariano Rubio
Relatos de la Hacienda de Santa Gertrudis, Baltazar Ruiz Barroterán.
Si te cuento, Flora Isela Chacón Flores
Valle de Cardos, *S*imitrio Quezada Martínez
Volver a la tierra, Luis Arturo Chavarría Camargo

Serie: Dramaturgia

Agua es el insomnio. Negra es la vigilia, Elman Trevizo
Chihuahua para niños, Antonio Zúñiga
Historias ordinarias de gente extraña, Georgina G. Ayub Chávez
La puerta negra: la invención de Delgadina, Felipe Ángel Nájera Arreola
Obras clásicas. Adaptaciones, Eva Castro Pérez
Voces sin sombra, Georgina G. Ayub Chávez

Serie: Ensayos

Aires del pasado. Reporteros de ayer y de hoy, Carlos Murillo De la Cruz
Así enseñaban nuestros profesores, Fernando Sandoval Salinas y Ramón Gutiérrez Lozano
Ciudad Juárez: Una frontera en crisis, Jorge Humberto Chávez Ramírez, Gabriela Minjares Baltazar, Bertha Ramírez Acosta, Cinthia Camacho Contreras, Sergio Arturo Duarte Méndez, Rubén Terrazas Sáenz, Lorena Patricia Figueroa Hernández, Raúl Gómez Franco

Chihuahua: el sitio, herencia monumental, Rigoberto Holguín González
Diagnóstico sociocultural de los Pimas del estado de Chihuahua, Horacio Almanza
Entre el mundo rural y el trabajo industrial, Denisse Ariadna Salazar González
Escuela modelo.., Fernando Sandoval Gutiérrez
Escuela albergue, poder y negociación, Lorena Gallegos Renova
Estética, filosofía y sabiduría, Jorge Alberto Ordóñez Burgos
Hegemonía y educación bilingüe-bicultural en la Sierra Tarahumara**,** Alejandro Arrecillas
Historias cercanas, David Pérez López
Hacer la impostura, Juan Cristóbal Pérez Paredes
Informe Natorp, Esteban A. Gasson Lara
Instrumentos de participación ciudadana en Chihuahua, Roberto Sáenz Huerta
La poesía órfica y la sabiduría antigua, Jorge Ordóñez Burgos
Los costos de la modernidad, Victoria Granados Pérez
Los olvidados, Antonio Vilanova Fuentes
Muerte de Villa, Antonio Vilanova Fuentes
Mujeres, antros y estigmas en la noche juarense, Jorge Balderas
Mujeres y fronteras: Una perspectiva de género, María Socorro Tabuenca Córdoba
Nuestra Señora de la Sangre, Ricardo Vigueras
Oñate: Conquistador de Nuevo México, Concepción López de Valles y Humberto Payán Franco
Otra vez el Santo Niño, Mario López Morales
Santo niño. El barrio... Mi barrio, Mario López Morales
Políticas indigenistas, Eugeni Porras Carrillo
Potencial de desarrollo y desequilibrio regional en Chihuahua, Luis Enrique Gutiérrez Casas
Principios de sensibilidad, Federico Corral Vallejo
Ralámuli Ra'ichábo! ¡Hablemos el tarahumar!, Enrique Servín
Rarámuri: el lugar de la vida y la muerte, Jesús Vaca Cortés
Regiones de desemejanza, Roberto Ransom
Revolución en el panteón, José Carlos Hernández Aguilar
San José Baqueachi: Historia de un ejido tarahumara**,** Mayra Mónica Meza Flores
Santa Cruz, antigua región de los tapacolmes. Historia de la Villa de Rosales, Eduardo A. Esparza Terrazas
Trigueña, Juan Moriel-Payne
Valle de Allende: Patrimonio cultural de Chihuahua, Federico Mancera

Valencia, Raúl García Flores, Alonso Domínguez Rascón y Cecilia Calderón Puente
Vivimos para morir, morimos para vivir, Ana L. Prieto Valdés

Colección Especiales

Arte letal: Vida, pasión y milagros de José Alfredo Jiménez, Lupita D'Alessio y Juan Gabriel, Alfredo Espinosa
Aventuras de coctel, Jesús Chávez Marín
Cien años de cine en Chihuahua**,** Alma Montemayor
El canto del Quetzaltótol, Manuel Talavera Trejo
Impactos culturales del plan maestro Barrancas del Cobre, Federico Mancera, Alonso Domínguez y Arturo Herrera
Teatro de los Héroes. XXV aniversario, Alma Montemayor
Memoria I Encuentro de narradores del noreste
Memorias de una tierra brava, Luis Legarreta Talamás

Colección Libros de Arte

Águeda Lozano, Unidad Abstracta y natural
Benjamín Domínguez: el cuerpo en la mirada, Benjamín Domínguez
Escultomurales y Mundos oníricos de Luis Y. Aragón
Esplendor y decadencia del antiguo Teatro de los Héroes, Alma Montemayor
Un faro de luz en la pintura, Alberto Carlos

Colección Infantil

El pequeño mago**,** Alma Montemayor
Juegos infantiles en Chihuahua, María Sánchez Portillo y Raúl Balderrama Montes
La coneja estéril, Paulino Arreola Arreola
Rehilete: Antología literaria para niños**,** Maricela Duarte

Colección Rayénari

Antes del ayer**,** Joaquín-Armando Chacón
Demiurgo de una teatralidad sin fronteras, Víctor Hugo Rascón Banda

Colección Autores Chihuahuenses

Canción y diálogos de amor, Mario Arras Rodríguez
Luz de luna en los aduares, Virgilio Gastélum

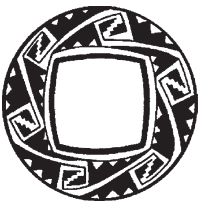
Coediciones

Antología, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Chihuahua
Arquitectura de Al-Andalús (herencia de un arte), Sergio Chávez Domínguez
Carta a Juárez y a sus amigos y Los informes de Reubén Creel, Félix Pyat y Víctor Orozco
Días de septiembre, Raúl Manríquez
De los niños para los niños, varios autores
El Barrio Viejo de mis recuerdos, José Luis Domínguez
En la frontera norte. Ciudad Juárez y el teatro, Enrique Mijares
Infierno grande, Alfredo Espinosa
La lámpara en el granero, Rogelio Treviño
Los poemas de Tsin Pau, Carlos Montemayor
Nacimiento de un reino: La Nueva Vizcaya, Zacarías Márquez
Peregrino, José Vicente Anaya
Pubis al cielo, Ramón Gerónimo Olvera
Tarahumara. Una antigua sociedad futura, María Elena Orozco
X y contando, María Cruz León Pineda

Mudanza de Jazmín,
se terminó
el xx de xx de 2015
en Carmona Impresores S.A. de C.V.,
Calzada Lázaro Cárdenas No. 850
Torreón, Coahuila
lada sin costo: (01 800) 228 22 76

La edición consta de 1 000 ejemplares

Coordinador editorial
Juan Antonio Castro Durón

Edición y diseño
Leticia Carrillo Girón

Corrección de estilo
Claudia Saldaña León